



S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A



VEINTICUATRO de mayo de mil ochocientos cuarenta y dos. Mayo pasado que contemplamos a través del cristal de cien años. Lejano paisaje y figuras desvanecidas que han perdido el acento y el lustre de la vivacidad. Mayo remoto que traía, como el presente mayo, los horribles rendidos por una cargazón de novias, liberador de rosas incipientes, pero en clausura de un aire sin artistas, impalpable y traslúcido.

Aquella tarde de primavera renovada clava hoy en el fondo de mis ojos la imagen del cortejo doliente. Estoy en el sitio mismo donde la multitud meja, con un rastrear de pasos despatiosos, la pena acongojada de su entierro, escrito desde un alto habitáculo de la Plaza del Angel; puedo irrumpir en el hueco de este balcón y, al tender la vista, reconstruir el itinerario del poeta en su viaje último: la mirada penetra por la calle de las Huertas y choca con la verde montaña de viento del Botánico que corta, al fin, su vuelo.

¿Qué secreto vital lleva este joven a su tierra abierta?

No se ha logrado taladrar la póstuma intimidad suplicante de Espronceda.

De los dos testamentos que le sobrevivieron, ¿cuál es el legalmente válido? Y ¿cuál de los dos responde a su deseo auténtico, cuál es el que traduce con fidelidad más pura su voluntad final? Si él volviese, ¿a cuál de ambos con preferencia revalidaría?

En el Archivo Municipal de Madrid —Legajo 4-310-3, C—encuétrase el reconocido por la ley. Otorgado ante el escribano D. Luis de la Morena, de las doce de la noche a dos de la madrugada del día 23 de mayo en que murió, resulta de su contexto que, requerido el notario, no consiguió arrancar palabra de los labios agonizantes; el escrito se redactó a virtud de las manifestaciones de una docena de testigos de referencia; limitase el acta a reconocer como hija y heredera única a Blanca, habida de sus trágicos destinos con Teresa, la bien llorada; es tal la imprecisión que no recuerdan

El testamento de Espronceda

Por PEDRO DE L. RENZO

la edad exacta de la niña, ni se consiguen bienes en la testamentación, aunque a la herencia concurría la casa número 1 (22 moderno) de la calle Espoz y Mina, caudal familiar proveniente del tronco del testador.

El otro documento de que se trata fue noticiado por Julián Manuel de Sabando en "La Ilustración Española y Americana" el 15 de enero de 1895. Escrito en medio pliego de papel "sellado", constaba de ocho líneas y carecía de las fórmulas usuales, conteniendo una declaración íntima con la "designación de heredero". Fechado el "veintitrés de mayo de 1842, lo firmaban "tres testigos", entre ellos el Patriarca de las Indias. "No era válido—escribe Sabando—por falta de autorización de escribano y número insuficiente de testigos, según la legislación de aquel tiempo." Lamentablemente, este precioso original se ha extraviado.

Narciso Alonso Cortés, en reciente publicación, asevera que "aquél sólo era un borrador o esbozo, inutilizado por el documento definitivo". Mas, si era un simple esquema, ¿por qué se extendió en papel sellado? ¿Por qué lo autorizaron testigos? ¿Por qué no se des hizo tras de la confección del verdadero?

No comparto ni una ni otra de las predichas interpretaciones. Se otorgó el que nos queda, de doce de la noche a dos de la madrugada del veintitrés; Espronceda murió a las nueve de la mañana del mismo día. Antes de levantarse el hoy tenido por legítimo, no se compuso, pues, el desaparecido, porque, en tal supuesto, no podría llevar fecha veintitrés, sino anterior. ¿No es probable que se redactase más tarde para rectificar precisamente el recién autorizado por escribano? La prueba de la fecha aparece inconcusa: es fuerza que se hubiese escrito de dos de la madrugada a nueve de la mañana del día de la muerte. Y siendo de este modo posterior el de Sabando, ¿no era factible que cobrase validez?

Su vigor lo confirmaba la legislación entonces vigente. La Novísima Recopilación nos alecciona con su libro X, título XVIII (ley primera, título XIX del Ordenamiento), que dice:

"Si alguno ordenase su testamento u otra postrimera voluntad en cualquier manera con escribano público, deben y ser presentes a lo ver otorgar tres testigos a lo menos vecinos del lugar... y si lo hiciese sin escribano público, que sean ahí a lo menos cinco testigos... y si no pudieran ser habidos cinco testigos, ni escribano en el dicho lugar, a lo menos sean presentes tres testigos, vecinos de tal lugar..."

¿No lo eran, pues, los firmantes? Felipe II, en 1556, suprimió el requisito de vecindad: "Valga el tal testamento, aunque los testigos no sean vecinos del lugar adonde se hiciese..." A lo que la ley segunda (tercera de Toro) agrega: "Se entiende e platique en el testamento abierto, que en latín es dicho nuncupativo."

Inconfundiblemente, si el folio a que aludo hubiera sido ordenado antes que el notarial, llevaría las doce rúbricas mismas que se estamparon en el último. ¿No ocurriría que siendo posterior, y dadas las horas en que únicamente cabe sostener que se firmase, los testigos se fueron retirando, con lo que llegó a quedarse el poeta rodeado sólo de los familiares o más íntimos, y entonces recobró un instante de lucidez aprovechado para la decisión de que ante el escribano no logró gozar?

La pérdida del documento tórname irreparable a los efectos del esclarecimiento que pretendo. ¿Lo escribiría de propia mano Espronceda? En último extremo, ¿lo firmó? Admitido este caso, su validez se ahincaba sin leve margen de duda, ganando consideración de una Memoria testamentaria, con plena legalidad.

Ignoro el contenido de este testamento, para mí más auténtico, por su posterioridad, al que se ha estimado legítimo, y resulta, en definitiva, vano y estéril proseguir esta disquisición.

Pero el hecho resaltante de una y otra carta es el carácter romántico que las une y confunde en el devenir histórico.

Romántico es el que subsiste por el matiz de urgencia que impregna sus líneas de prosa seca y formularia, revelador de un sentido de improvisación, de una muerte sin preparar. ¿No le habían precavido sus múltiples dolencias anteriores la posibilidad de un desenlace trágico? ¿Era tan firme la salud de Espronceda? Desde Londres, en correo fechado el 18 de noviembre de 1838, pide a sus padres "40 libras (4.000 reales) por lo menos, para pagar mis deudas, contraídas en mi enfermedad y en vestirme". Zorrilla, en sus "Recuerdos del tiempo viejo", relata que le conoció en el año 1837, postrado con "dolores ar-

ticulares y escasez necesaria de nutrición", que le desvelaban. Joaquín María López exclamaba en su discurso necrológico: "Espronceda no había nacido ciertamente para vivir mucho." Cáscales y Muñoz cuenta de él que "sufrió, desde hacia tiempo, grandes dolores de estómago, y también padecía de la garganta".

Testamento pobre el de Espronceda. El romanticismo da a la muerte un valor vindicativo de la impotencia frente a la dureza de la vida. Se muere por impulso, por atracción estética, sin que la muerte suponga cumplimiento de un sentido de la vida, sin que en su llegada se vacíe el misterio conformador de la existencia del hombre.

¿Ninguna postura precisaba elegir, yerro que emendar, propósitos de que responder, ideas a las que rendirse, perdones a que hacerse acreedor? "Testatio, et mens—se lee en las Partidas—, son dos palabras que tanto quieren decir en romance, como testimonio de la voluntad del ome..."

¿Ay, no es esta, no, la muerte amada que deja a la vida llena y con esperanzas de salvación! No es la muerte de Augusto, que se autobiografía al labrar en bronce su "Monumento Ancyranum"; no es la muerte de Juan el Beato, que a su cuidado renuncia "entre las azucenas olvidado"; ni la de Quevedo, ahíta de una "sorgue" de hombre de nuestro tiempo; ni en mucho la de Don Quijote, que corriendo la busca; ni siquiera la de los que como él murieron en juventud, desde Garcilaso a Larra...

Hay, junto al de vivir, un Arte del buen tránsito. Y el testamento no es sino el índice de este supremo arte, maravilloso y acongojador, en el que Espronceda, desafortunadamente, se hallaba des-caminado.

Espronceda, dramaturgo

POCO sabido es que José de Espronceda fue no sólo gran poeta lírico y novelista—adán se puede leer con gusto su novela "El castellano de Cuéllar"—, sino también autor dramático. Pero, ¿quién ha leído sus tres composiciones dramáticas? Pocos, sin duda, y no es de extrañar, ya que son rarísimas de hallar. Sin embargo, merece que prestemos atención un momento a este aspecto de la producción suya, ahora que la piedad nacional le rinde homenaje en este primer centenario de su muerte. La primera de sus composiciones dramáticas es de 1834, en que fué estrenada. Se titula "Ni el tío ni el sobrino". Es una comedia al estilo de las de Bretón de los Herreros; por lo tanto, en la línea suavemente moralizadora de Moratín. Pero con su poco de humor jocular muy esproncesiano. La escribió en colaboración con Ros de Olano. Hay en ella, tal vez, recuerdos de cosas vistas. Dos años después, en 1836, escribió, también en colaboración, pero esta vez con Moreno López, y bajo el pseudónimo de "Luis Senra Palomares", el drama en cinco actos "Amor venga sus agravios". Del mismo año 1834 es el drama trágico "Blanca de Borbón". La censura no permitió la representación de la obra, a pesar del interés que en ella tenían Latorre y Romea, ya famosos actores. Por esta circunstancia, creemos, no figura Espronceda, como debiera,

junto a Martínez de la Rosa, el duque de Rivas y García Gutiérrez, entre los creadores del teatro romántico español. La obra es una fantasía poética basada en la historia de D. Pedro el Cruel y su esposa, D.ª Blanca de Borbón. La delicada figura de la Reina aparece aquí entre la ambición de la amante del Rey D. Pedro, las querellas de los nobles y la violencia del propio Rey y... el amor del bastardo D. Enrique—luego Rey de España, tras el asesinato de Montiel—. Tal vez, la censura y alusiones políticas al momento en los versos del poeta, que hoy nos parecen infundadas y la trage que un año después—en 1835—Gil y Zárate llevaba a las tablas el mismo asunto, en una tragedia del mismo nombre, pero infinitamente inferior a la de Espronceda.

Inédita y desconocida hubiera quedado la tragedia de Espronceda si en 1870 no la hubieran dado a las prensas sus nietas Laura y Luz. En el mismo año, D. Patricio de la Escosura daba un resumen de ella como apéndice a su famoso discurso: "Tres poetas contemporáneos". En 1907 hizo de ella una edición crítica en la "Revista Hispanique" el señor "Churchmann", benemérito esproncesiano y gran moleador de los "plalagos" de nuestro gran poeta romántico, siendo recogida en la edición de José Cáscales. De la edición de 1907 tomamos la siguiente escena:

ACTO V

(El teatro representa el campo; a la derecha está el castillo, prisión de Blanca, con rejas de hierro salientes; a la izquierda, se eleva una montaña, toda coronada de rocas, entre las cuales, a cierta altura, se ve la boca de una caverna. De la cumbre de esta montaña, así como alrededor y al lado del castillo, siguen dos bosques dejando un claro por donde se descubre el Guadalquivir. El fondo del teatro es la otra orilla del río. Es de noche, y sólo alumbra la luz que arde dentro de la caverna. Una tempestad.)

Escena I

LA MAGA, con una antorcha en la mano, canta estos versos. Su hijo, sentado sobre una roca.

LA MAGA

¡Oh! Salve, oscuro genio
Del hórrido huracán.
Cenado tú te asientas
Allá en la tempestad.
Tu angusto trono velas
La noche y el horror.
Tu voz en silbo y trueno
Retumba en derredor.
Las igneas alas tiendes
Por cima el Aquilón,
Y en torvo el aire tiñes
Relámpago veloz,
Salud, salud mil veces,
Espíritu infernal;
Desciende a mí en las alas
Del hórrido huracán.

Hoy festeja el Averno; hoy, hijo mío,
La luz del rayo su festín alumbra,
Y en la noche los lividos espectros
Al trueno aterrorador sus gritos juntan.
¡Noche de muerte! ¡Regocijo al pecho,

Hijo de Satanás! Si, ya vislumbra
A la luz del relámpago tu daga,
Teñida en sangre la aguzada punta.
¡Noche de muerte es! Vuela, hijo mío;
Con sangre ya mi paladar endulza.

ABENFARAX

Dame, ¡oh, madre!, el puñal. ¡Llegó la hora!

LA MAGA

Pronto ya va a sonar. La noche oscura
Sirve a encubrir tus silenciosos pasos.
El genio del Averno te conduca;
Yo te doy mi puñal: marcha al castillo.

ABENFARAX

Yo juro allí satisfacer tu furia.
(Vase de modo que se ve abrir la puerta
del castillo, y entra en él.)

LA MAGA (vuelve a cantar)
En medio a la tormenta
Su hora sonará.
La muerte acechadora
Su presa aguarda ya.
Genios del Tártaro,
Venid a mí,
Venid mi fútil
A compartir.
(Se arroja en la caverna.)

M. C.

Año I - Madrid, 24 de mayo de 1942 - Núm. 21



Centenario de Espronceda

- Portada, de Domingo Viladomat.
- El testamento de Espronceda, por Pedro de Lorenzo y Espronceda dramaturgo; página 2.
- Escena del romanticismo, por Eugenio Montes; página 3.
- Sobre el romanticismo de Espronceda, por Emilio Orozco Díaz; dibujo de Tauler; página 4.
- La Europa romántica, por Juan Aparicio; página 5.
- La España de Espronceda, por Melchor Fernández Almagro; dibujo de Tauler; página 6.
- El poeta de la infancia, por Tristán Yuste; página 7.
- Espronceda: La vida del poeta, por Angel Valbuena Prat; dibujo de Pedro Bueno; página 8.
- Espronceda en el amor, por José María Alfaro; dibujo de Pedro Bueno; página 9.
- Ascendencia y descendencia de "El Estudiante de Salamanca", por Joaquín de Entrambasaguas; página 10.
- Del neoclasicismo y del romanticismo en Espronceda, por Manuel Cardenal de Yracheta; página 11.
- Día tras día, por Leopoldo Panero; dibujo de M. Eguía; página 13.
- Byron, la canción del pirata y la españolidad de Espronceda, por Pedro Mourlane Micheletti; página 14.
- Piedad para Espronceda, por Ernesto Giménez Caballero; página 16.





ESENCIA DEL ROMANTICISMO

POR
Eugenio Montes

UN solo romanticismo verdadero, pero mil interpretaciones distintas. Y, tengamos la humildad de reconocerlo, con posibilidad de que muchas sean igualmente verdaderas, pues la propia esencia incoercible de tan extraño estremecimiento de alma autoriza las más diversas exégesis. Sí, la definición clásica de la verdad puede seguir sosteniéndose en cierto ámbito, pero el reino del romanticismo no es de ese mundo. Y, por tanto, el concepto mismo de lo verdadero ha de reconocer su impotencia en tal orbe. Adecuación al objeto, a la cosa. Pero eso no es un objeto, no es una cosa, sino todo lo contrario: un temblor.

La reducción del mundo a objetos y cosas, que nos parece natural a fuerza de hábito y costumbre, es un hecho específico de la mente griega. Para el heleno, el mundo es, o quiere que sea, un espacio con cosas quietas e intemporales, es un puro y perpetuo presente venturoso y feliz. De ahí el horror del alma antigua al movimiento, al infinito, a lo ilimitado, a lo que escapa a forma, figura y éxtasis. Los argumentos de Zenón afirman en su máxima expresión teórica esa suprema exigencia de quietud. No es que todo lo real sea racional, como quiere Parménides, sino que el alma eleática, precisamente porque quiere, porque le da la real gana, le niega carta de ciudadanía a lo que, por su propia esencia, es tránsito, mudanza, incoercibilidad. Platón, dándole redondez de sistema a la exigencia eleática, supone, tras la realidad innegable de lo que no permanece, un orbe de quietudes intemporales, a las que llama ideas, y acuerda concederle sólo a ellas realidad plena, reduciendo las otras a sombras pálidas del ser. Así admite un mundo de apariencias, pero de tan delgada realidad que, desvalorizadas en un proceso continuo, el neoplatonismo, con Plotino, las considerará a modo de pecados. Y el propio Aristóteles, aunque en la periferia del helenismo, sigue en el fondo incapaz no de concebir, sino de admitir el tránsito puro, la movilidad permanente, el ser cuyo ser consiste en no reducirse a forma, a figura, a intemporalidad, digámoslo de una vez, a dicha. En esto también el alma romana

parte de supuestos idénticos. Testigos, los legionarios de Décimo Junio Bruto, cuando al llegar en Galicia al Atlántico, retroceden a la vista del Océano, sobrecogidos de religioso pavor a lo ilimitado, a lo que se cree sin otra orilla. Más allá de las cosas está el vacío, y el hombre antiguo se asusta de esa nada final. El cristiano, en cambio, de lo que se asusta es de ser, o sea de no ser nada. Sabe que de la nada ha sido creado el mundo, y, por tanto, la concibe co-

réplica. Una parcialidad trae otra parcialidad. De un salto pasa Europa a sentir, en oposición al pensamiento griego, que todo lo real es irracional. Sólo que es signo de todo lo naciente utilizar lo inmediatamente heredado, aunque sea para destruirlo. Con las mismas palabras se dicen dos cosas opuestas. Así el romanticismo comienza gritando el idioma del racionalismo, incluso haciendo la apoteosis de la Razón. Sueña irracionalmente la racional-

linaje céltico. Por la rapidez con que se propagó y las poderosas personalidades que lo encarnaron suele reputarse germánico, alma de floresta y enlunado castillo en el Rin. En Alemania mismo alguien ha sostenido que es berlinés e investigador, como allí gustan de hacerlo la progenie étnica de sus representantes característicos, se le ha encontrado ascendencia eslava. Pensando en Juan Jacobo Rousseau pudiera creérsele alpino. Pero en cualquier caso no es mediterráneo. Más aún: el romanticismo es por su esencia y existencia antimediterráneo. Con él los países del mar de muchas voces perdieron la primacía cultural hasta entonces mantenida, sin una sola derrota, durante treinta siglos. La época venidera, o quizá esta en que ya estamos, dirá si eso fué un episodio o si ha sido un comienzo, o sea si Europa vivirá un segundo romanticismo, en cuyo caso los latinos sólo podríamos ser torpes secuaces, o si va a regresar, enriquecida con las experiencias pasadas, a la cultura perenne que concibe el mundo como un conjunto de elementos irracionales y racionales, pero con primacía de valor en lo racional.

No es un hecho de casualidad, sino de causalidad, la insignificancia de nuestros románticos comparados con los ingleses o germánicos, la inanidad del duque de Rivas, Espronceda y Zorrilla ante Novalis, los Schlegel, Holderlin, Byron y Shelley. Eso obedece a que el romanticismo es, por su esencia, demasiado parcial para nuestro sentido humanístico.

Yo no estoy muy seguro de que no esté germinando, o reflorciendo en Europa un segundo romanticismo más tremendo que el de hace siglo y medio, del cual Nietzsche, Klages y Heidegger serían adelantados y profetas. Pero si así aconteciese, si el logos mediterráneo no pusiera su nota de armonía celeste, pitagórica y cósmica sobre las voluptuosidades dolorosas del caos, entonces el mundo quedaría muy pobre de inteligencia, de orden, de dicha y de luz.

"Habet mundus iste noctes suas, et non pancas", decía melancólicamente San Bernardo. Que él ruegue con nosotros porque Dios nos la quiera ahorrar.



mo el último fondo de donde emergen las cosas, como lo que palpita tras toda la naturaleza que se mueve y discurre sobre la nihilidad.

Se parte de la existencia del misterio. Toda cosa tiene sentido, pero también algo de contrasentido, figura y misterio, forma y temblor. Con las formas del pensamiento mediterráneo, luminoso, venturoso y racional, y el temblor del alma naturalmente cristiana, se hizo la cultura europea, siendo sus diversas épocas otras tantas maneras de participación en ambos principios. El racionalismo dieciochesco suprime de esos dos principios, aquel que alude a misterio, temblor, nostalgia de lejanías, anhelo. Entonces en este mundo determinado por la polaridad y el ritmo de alternancias, surge la

dad, y sabe que está soñando, o se complace en ignorar las fronteras entre sueño y vigilia, postulando que una cosa puede ser, al mismo tiempo otra contradictoria, porque la esencia de la realidad no son las cosas, sino sus contradicciones, sus formas estremecidas, su temblor, su espectro, sus fantasmas, sus sombras, sus agonías, sus proximidades al no ser.

Este sentido, o contrasentido, del mundo y la vida se inició en las tierras menos transidas de cultura humanística, menos trabajadas por la disciplina de la historia vivida y pensada, menos conformadas por la antigüedad. Plurales tesis se han sostenido sobre el lugar de nacimiento del romanticismo. Allí en mi mocedad sostuve un día que era de



SOBRE EL ROMANTICISMO DE ESPRONCEDA

POR

Emilio Cordero Díaz

A las nueve de la mañana del día 23 de mayo de 1842 falleció en Madrid, en un cuarto de la calle de la Greda, el autor de "El diablo mundo". El joven "buscarruidos", como tantas veces se le llamara, cuya poesía y vida fué predominantemente griterío, tuvo una muerte silenciosa; parece casi terrible expiación por sus excesos. Una enfermedad de garganta le cortó el habla, y, además, por temor a ella tampoco se dió entrada en su alcoba a una mujer. Murió, pues, sin templar su agonía con solicitud y consuelo femeninos y sin el alivio de despedirse del mundo. Le faltó algo esencial de la aspiración romántica: la despedida; lo que ya comenzara a hacer en el canto tercero de su Diabolo Mundo, lo que tan sentidamente hiciera su Elvira en la carta del Estudiante de Salamanca. De sus mismos amigos faltaron quizá los dos más íntimos: Escosura y De los Santos Alvarez, los que podían recordarle algo más que los escándalos, burlas y calaveradas. Casi lacónicamente recoge la Prensa al siguiente día la noticia: "La Parca ha arrebatado al sepulcro en la flor de su vida a un distinguido poeta." Pero los amigos exaltan su recuerdo con versos y discursos. En el mismo día de la muerte, en la sesión del Congreso habla de él González Bravo o, mejor dicho, no puede hablar, porque le ahoga el llanto. También Gil y Carrasco, en el momento de darle sepultura en el cementerio de San Nicolás, mojará con lágrimas unos sentidos versos. A él le siguen otros. Por último, Julián Romea rompe "la paz de los sepulcros" con el estruendo de los versos de "El Diabolo Mundo". Después no falta en su tumba la "fresca, lozana, pura y lorosa" flor que le lleva día tras día una mujer, "la enlutada de las flores", como la llamaba el sepulturero. Perfecto epílogo a una vida romántica. Pero la misma aureola de gloria que sus amigos y admiradores crean terminará por desdibujar la verdadera figura del poeta. Espronceda quedará como el prototipo del romántico incrédulo, cínico, desesperado y hastiado de la vida. Hay hechos y testimonios, precisamente de los que mejor le conocieron, como Escosura, Zorrilla y Valera, que a pesar de venir citando una y otra vez, no deshacen la imagen literariamente creada, la exaltación del yo, la exageración del gesto y del sentir y la consciente confusión de vida y poesía que, como notas esenciales, se dan en la vida del romántico, favorece la creación de esa falsa figura del poeta. Espronceda, que era doblemente romántico, por temperamento y por tendencia o moda de época, exagerando el sentimiento o haciendo estable lo rápido y pasajero, llega como ningún otro de sus contemporáneos a dar fundamento para la creación de esa segunda personalidad. Como decía Escosura, fué "más hipócrita del vicio y de la impiedad, que impío y vicioso realmente". Algunos amigos, llevados de análogo impulso y sabiendo que lo natural era, como decía Valera irónicamente, "que todo poeta romántico debía hablarnos siempre de sí mismo", terminaron por verle como un segundo Don Juan Tenorio, y así lo identificaron con su D. Félix de Montemar. Ferrer del Río, que con su biografía fué el que más contribuyó a ello, llega hasta aplicarle los mismos calificativos que Espronceda a sus personajes, y así afirma con sus palabras que "en todos sus vicios sabía poner cierto sello de grandeza".

La obra de Espronceda nos ofrece llevada al extremo una característica dominante en lo español: la improvisación. Porque además de corresponder a esta manera la concepción de su poesía, su misma vida está totalmente falta de reposo. Su obra, así, se nos ofrece como algo hecho al paso, acorde con circunstancias y sugerencias del momento, sin detenerse a retocar y pulir, y a veces ni siquiera a terminar. Ello es constante en toda su producción, desde "El Pelayo", publicado sólo en fragmentos a los quince años de haberlo iniciado, hasta "El Diabolo Mundo", que daba en entregas a medida que lo iba componiendo, y que igualmente quedó sin acabar. En este sentido literario sí podría hablarse de donjuanismo. No se detiene en lo hecho; es, diríamos con palabras de D'Ors, el poeta



GUSTAVO A. BÉCQUER

que no saborea. Así, tampoco se recrea en un efecto rítmico conseguido, sino que con verdadera prisa nos hace saltar de un metro a otro, haciéndonos entrar en el torbellino de su inspiración. De aquí la falta de cuidado para lo hecho. Ya Alonso Cortés ha destacado bien cómo el poeta "fué para sus versos un poco despreocupado". Son los amigos los que prepararon, en 1840, la edición de sus poesías, por creer ser trabajo que respondía al sentir popular y "de verdadera importancia para la literatura española". Como el poeta se hallaba ausente y sus amigos sabían que la "modestia y abandono generoso" del autor "habría hecho su cooperación difícilísima", no puede ni siquiera "solventar las dudas de poca consecuencia". Así, a pesar de ser su obra reducida, hubo composición que no se editó hasta bastantes años después de muerto su autor. Pero más que reducida deberíamos decir, refiriéndonos al total de su obra, que es fragmentaria, inconclusa, en espera de un final sólo entrevisto, como ocurrió en la vida del autor. Es lo contrario de lo dominante en otros artistas de corta vida: la obra de Garcilaso, como la de Bécquer, son algo completo y cerrado, que es fragmentaria, inconclusa, en espera de un final sólo entrevisto, como ocurrió en la vida del autor. Es lo contrario de lo dominante en otros artistas de corta vida: la obra de Garcilaso, como la de Bécquer, son algo completo y cerrado, que es fragmentaria, inconclusa, en espera de un final sólo entrevisto, como ocurrió en la vida del autor.

A pesar de todo, la obra de Espronceda es la más representativa del movimiento romántico español. Con su brío no sólo inicia, sino que alcanza la cima del romanticismo. Es cierto que su formación, hecha también de prisa, y su convivir continuo con señoritos calaveras, respirando un ambiente callejero, bajo, moral e intelectualmente, se acusa muchas veces en sus versos. Es "el poco colegio" de que hablaba Valera. Pero se acusa, sobre todo, por esa premura con que se

escribieron, que impidió toda criba de palabras, giros, ripios y expresiones vulgares. Pensemos que todo torrente impetuoso ha de arrastrar siempre impurezas.

En el fondo nos sintetiza las dos corrientes fundamentales de la poesía que en la época de sedimento de la nueva tendencia se encauza y fija en los nombres de Bécquer y Zorrilla. Aquellas dos clases de poesía que señalaba Bécquer en el prólogo a "La Soledad", de Augusto Ferrán: la poesía magnífica, sonora y engalanada, que habla a la imaginación, y la otra, natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica. "La una es el fruto divino de la unión del arte y de la fantasía. La otra es la centella inflamada que brota al choque del sentimiento y de la pasión. Pero la primera es en Espronceda más que hija de la imaginación, brote de su instinto poético, y de la segunda no hay más que asomos.

Esta dualidad encuentra en cierto modo su apoyo en lo que podríamos llamar doble personalidad romántica a que antes aludíamos. De una parte, es romántico, porque su especial manera de ser, su posición ante el arte y la vida, es la del hombre romántico, posición que se puede dar independientemente del tiempo y de la circunstancia histórica; pero, por otra parte, se siente envuelto y atraído por la tendencia de época que él ha percibido con la inquietud de joven en su vagar por Europa. Y surge en él otra personalidad, la de la mayoría de los románticos, la que se produce en gran parte por las circunstancias como moda o manera, como algo insincero, sobre todo en los primeros momentos en que la actitud combativa lleva a la exageración intencionada. De aquí la terrible confusión entre lo sincero y lo ficticio que se nos presenta al intentar perfilar ese "yo" esencial de la poesía romántica. Por esto, aun siendo contraria al temperamento romántico la aceptación de la influencia que disminuye su originalidad, Espronceda se complace a veces en aparecer con disfraz y ademán baironiano. Esto ha sido la causa de la tan repetidamente destacada relación con el poeta inglés; pero, como muy bien observaba Barja, reduciendo ese influjo e imitación a sus justos límites, si se prescinde de ese

gesto baironiano y atendemos a lo esencial, "forzoso es reconocer que esa relación no es ni más ni mayor que la que se da entre tantos otros de los poetas románticos".

Y es que la circunstancia, tanto histórica como literaria, está siempre actuando en esa segunda personalidad. Prueba de ello es cómo su grupo de composiciones que marcan una posición de rebeldía social, como "El Pirata", "El Mendigo", "El Verdugo" y "El reo de muerte", se escribieron hacia una misma fecha, respondiendo fundamentalmente al estímulo circunstancial de la popular poesía de Beranger. De la misma manera sus composiciones de tono patriótico o bélico están determinadas por circunstancias históricas que afectaban especialmente al político romántico, esto es, a esa segunda personalidad surgida al calor del ambiente.

Pero junto a esta posición, respondiendo a lo más hondo de su sentir, se da otra poesía íntima y subjetiva de fina melancolía. Recordemos el "Soneto a una rosa" y las composiciones "A un ruiseñor", "La soledad del alma" y "A una estrella", esta última, por cierto, con ecos de las coplas manriqueñas.

Esta variedad de actitudes y temas le favorece especialmente para algo muy gustado por la poesía romántica: para el contraste. Podemos afirmar que ningún romántico ha manejado como Espronceda la técnica del contraste. Concretémosnos a lo más perfecto y cuidado: "El estudiante de Salamanca". La figura de don Félix, toda perversión, vicio e impiedad, se contraponen violentamente a la pura, tímida y lánguida de Elvira. Nos hace pensar, aunque sea otro mundo poético en el que no cuenta lo moral ni apenas lo sentimental, en recursos culteranos como las hiperbólicas descripciones contrastadas de Polifemo y Galatea, de Góngora. El contraste se ve reforzado por la variación de metro, que nos demuestra cómo sabe el autor conseguir el perfecto paralelismo entre concepto y sonoridad. Don Félix se dibuja con verso sonoro, recortado y vibrante; Elvira en versos largos, blandos y casi sedosos. Su vena íntima y subjetiva consigue en todas las estrofas a ella dedicadas uno de sus raros instantes de reposo, que hacen más hondo su sentir. Es algo que especialmente destaca en un poema que, aunque construido y ordenado como ningún otro de los suyos, está presidido por un sentido dinámico que con desarrollo creciente llega a la carrera desenfrenada.

Pero ese contraste no es sólo de las figuras, sino también del fondo. Don Félix se nos presenta en una oscura y horrible noche con visiones, fantasmas, aullar de perros y lúgubres silbidos del viento; Elvira, en una "noche serena—de luceros coronada—terso el azul de los cielos,—como transparente gasa." Todo es claridad, brillos plateados y suaves susurros y murmullos de las auras y del agua. Ninguna de las dos visiones corresponde, por otra parte, a un paisaje real. Ello es característico del poeta. Es la visión idealizada y literaria conforme a los tópicos de la aspiración romántica. Era, además, natural en un hombre de ciudad, de tertulias y cafés. Sin embargo, destaca por su tendencia a la objetividad, a la representación visual. Ya lo apuntó Díaz Plaja.

Para nosotros es especialmente digno de señalar, porque lo estimamos una muestra clara del fundamental sentido romántico de su poesía. Ya hemos destacado en otra parte, refiriéndonos a la poesía barroca, el dominante sentido pictórico y pintoresco que la preside. El romanticismo, como tendencia situada dentro de la misma línea de evolución, vuelve a repetir el fenómeno. Aparece entonces otra vez, como en el seiscentos, el poeta pintor. Pensemos, entre otros, en el caso de Víctor Hugo, y en lo español, en Rivas y Bécquer. Preside lo literario un predominio del elemento visual, porque el romántico une el concepto novelasco de la vida, y hasta lo subordinado, a esta tendencia a lo objetivo; es siente protagonista de cuadro. Paradójicamente, podríamos decir, que se siente contemplado hasta en su apartada soledad. Así, en la poesía se tiende a lo estático, a la vi-

(Continúa en la página 15)

LA EUROPA ROMÁNTICA

POR

Juan Aparicio

DEBAJO de la palabra romanticismo hay un secreto de estrategia y diplomacia extranjeras cuya revelación fué manifiesta por Federico Nietzsche al descubrir cómo las ideas atribuidas tradicionalmente a Francia eran en realidad ideas de Inglaterra. Este abolengo inglés de la ideología de la Revolución francesa no nos puede extrañar después de haber leído cuanto el primer exégeta de Nietzsche, el dinamarqués Jorge Brandes, había averiguado en la vida y la obra de los románticos. La literatura de los románticos franceses fué, según Brandes, una literatura de emigrados, comenzando por el libro del vizconde de Chateaubriand "Atala", que inaugura la fecha de 1800, y todo el romanticismo posterior, habiendo sido escrita a la sombra de los árboles londinenses de Kensington. Mas existe otra raíz más filosófica para esta británica primogenitura de la psicología de la inquietud, de la zozobra, de la lágrima: es el "Ensayo sobre el entendimiento humano", de Juan Locke, donde la insatisfacción, la

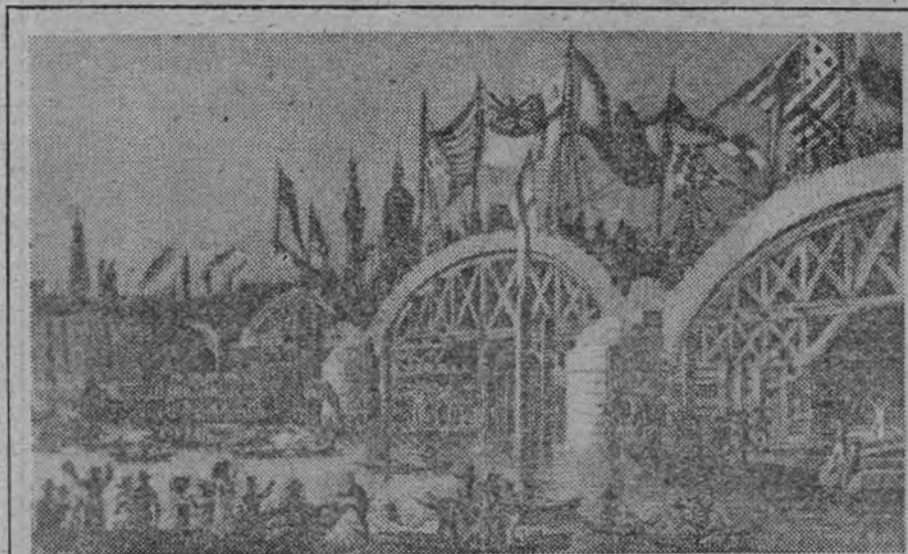


Lord Palmerston

"uneasiness" que rezuma el descalabro de la razón adelanta las biografías de René, de Werther, de D. Juan...

El genio pragmático de Inglaterra aprovechaba este incipiente desequilibrio sentimental, exportando a las conciencias europeas las toxinas de su poesía evanescente y lakista. Dentro de la cazurería insular había nacido la lírica de Marvel, de Thomson, de Cowper, de Gray; poetas nostálgicos y sensibileros que exaltaban los lagos, los ríos y las selvas. Tal delicuescencia cordial tenía que ser una ponzoña sobre los ánimos de las nuevas generaciones continentales que sollozan con Chateaubriand ante los bosques norteamericanos, donde un iroqués o un onandago es algo maravillosamente extraordinario, o palpitan frente al "Adolfo", frente al "Oberman", frente a la "Corina" de madame Stael, cuyo protagonista masculino es un inglés de Edimburgo. La sutileza de esta táctica consistió en enmascarar la procedencia del maleficio, atribuyendo la sinrazón romántica al "Contrato Social" de Rousseau o a la sangre germana de la hija del banquero Necker.

Ni Francia ni Alemania intervinieron en la propagación de esa epidemia, sino que fueron contagiadas, como España e Italia, por los numerosísimos agentes de Albión que desembarcaban como vates, como turistas o como buhoneros, cuando no



El lord mayor pasa sobre el nuevo puente de Londres, en construcción, en el año 1827

sucedía este viaje también a la inversa, yendo Napoleón III o Pepe Espronceda a buscar refugio, apoyo y consignas en la isla matriz y motriz para el romanticismo. Europa se hubiera deshecho mucho antes bajo los golpes del desasosiego, de la pasión, de la crápula, de la carcajada y el lloro, si no hubiese vivido un neoclásico Robespierre y un clásico Napoleón, impertérritos y crueles hasta torcer el cuello a las conspiraciones británicas, impedir la especulación con la moneda y contener en el destierro a la caterva de románticos que se desparramarían entre los desconcertados europeos después de la batalla de Waterloo, para rimar la exégesis del libertinaje junto a las chimeneas de las fábricas o la apología de la desesperanza y del malhumor, mientras el agiotismo de la Bolsa y de las acciones mercantiles enriquecía a los nuevos ricos del siglo, a la gran "parvenu" de la Centuria; es decir, a Inglaterra.

Tanto lord Byron, como Jhon Keats, como Percy Shelley deambularon por las tierras antiguas del Sur—España, Italia, Grecia—, infiltrándolas de espanto, de espasmo y de turbación. Fueron los tres políticos radicales al servicio del liberalismo, que era la máscara del Imperio británico, y los tres murieron como fulminados por los manes antiquísimos de las naciones corrompidas, oponiendo ese antídoto ancestral al enervamiento de la política, de la poesía inglesas. También Pepe Espronceda sucumbe pronto, pero transcurrió tiempo

bastante durante su breve vida para ofrecer la estampa del perfecto romántico que estuvo como un dandy más en el dorado exilio londinense, y fué luego propagandista de las perturbaciones británicas en nuestra Patria, terminando por ser un diputado de Espartero que peroraba en el Congreso a favor de las tarifas arancelarias en beneficio de los algodones de Inglaterra.

La vida de estos románticos es siempre misteriosa, aunque de vez en cuando las ilumine los chispazos luciferinos de su estro; porque dentro de cada romántico se anida un gran simulador y un magnífico comediante. Así no sabemos los episodios de su estancia juvenil en Londres, pues por más que se presume de lince o zahorí, ya nadie nos dirá con quién concurría Espronceda al restorán Long o al burdel de la "tía" O'Schanguessy, en el barrio de San Giles. Espronceda era un currutaco de guante amarillo y frac de diecisiete libras, cuyas amistades inglesas y contactos masonicos ignoraremos, sin revelación posible. Se hospedaba en Bridge Water Street número 23, e iba a las confortables casas de campo invitado por personajes que desconocemos. Entonces presidía el Gobierno el general Wellington, y mandaba Canning en el Foreign Office. Ambos acogían a los emigrados españoles y les protegieron preparándoles para la conspiración más próxima. Quien hubiera supuesto a Espronceda cortejando a Teresita Mancha en las fiestas o jardines de Londres, sin

preocuparse de otro futuro más ambicioso y tentador, desconoce los entresijos del corazón romántico; porque tampoco el príncipe Luis Napoleón se satisfizo años más tarde con sus queridas inglesas, sino que, perilludo y mostachudo—gran fantasmón romántico—, se dedicaba a la conjura urdida en Inglaterra para su desembarco en Boulogne.

Espronceda abandonó la isla sin Teresa, y aparece en las barricadas de París y en la raya de Francia agitando y moviéndose cual un discípulo de Byron, cual un furibundo liberal que versifica y loa a los elementos disolventes de la época. En la humanitaria y hospitalaria Inglaterra, desde Dikens a Wilde, nos ha contado los horrores de las cárceles y mazmorras; pero Espronceda vocifera contra el verdugo y alaba al pirata o al cosaco eslavo. Espronceda cumple con su deber meticulosamente, a la manera de los intelectuales europeos que han traducido la actitud marxista o nirvánica de Wells o Lawrence, tan necesaria aquí para la supervivencia de los británicos. Espronceda fué cristino contra los carlistas, intrigó en logias y tenidas e



Un dandy inglés en los tiempos de la regencia de Jorge IV

intervino en 1838 en tenebrosas maquinaciones para sublevar esa zona andaluza—Granada, Sevilla, Málaga y Cádiz—tan preferida por sus vinos y por sus caballos por los buenos ingleses. Al fin Espronceda fué recompensado por D. Baldomero Espartero con un acta, cuando el populacho, refiriéndose a su domicilio, vecino del de cierto embajador, canturreaba con desgaire chulángano:

*En este Palacio
habita el Regente;
pero el que nos rige
vive en el de enfrente.*

Palmerston estaba satisfecho de Espartero y de sus diputados a lo Pepe Espronceda, porque era un amigo fiel en aquellas sesiones del Palacio de las Cortes en que se discutían el tratado comercial con Inglaterra o la ley del arancel relativa a los algodones. Era la España romántica que triunfaba, la España financiera de los enriquecidos con la desamortización y la trata de negros, con el "bluff" de las Compañías mineras y de los más estupendos e inauditos ferrocarriles. Era una España tan romántica como Europa, y por esta razón tan dispuesta a embriagarse con el disparate y el resplandor de sus poetas y banqueros, para no escuchar el remordimiento nacional e integerrimo ante la servidumbre.



LA ESPAÑA DE ESPRONCEDA

POR
Melchor Fernández Almagro

HAY en Espronceda mucha España de su tiempo. Podía no haberla. No la hay, desde luego, en otros poetas; por ejemplo, en Bécquer, de la siguiente generación romántica. A Bécquer se le puede explicar sin que sea preciso aludir para nada a Isabel II o a Prim, a los progresistas o a los moderados. Bécquer hubiese gemido, suspirado, sonreído a su amarga manera, con unas u otras palabras, en cualquier lugar y fecha. Pero sobre Espronceda gravita de modo extraordinario un determinado ambiente de época. Claro es que la España de 1870 era mucho menos coloreada que la de 1830; pero, así y todo, Bécquer se habría dejado influir por éste o aquel suceso, si no poseyera un numen naturalmente sustraído a la corriente eventual de las cosas. Lo que acaso indique que Espronceda era mucho más romántico que Bécquer. Pero este orden de consideraciones de tipo general nos apartaría de la figura que ahora se nos aparece, con mucho de espectro, sobre el fondo más o menos fantasmagórico de una España que fué; que no sabemos cuando dejó de ser, que probablemente ha dejado tras de sí algo y de calidad. Por lo pronto, esta misma figura de Espronceda, pálido de tez y ardiente de corazón, muy dado al espectáculo de sus propias pasiones, en peligro—precisamente por eso—de mixtificarse para dar mayor realce a su representación; romántico por el desequilibrio y por el violento contraste de lo solemne y lo trivial; romántico como la España de su tiempo, desequilibrada a su vez, partida en banderías cuya motivación ideológica y sentimental tanto tenía de espectáculo también.

Hijo de circunstancias bastante desconcertadas, Espronceda nació—ello es sabido—en un viaje de sus padres. Fué su cuna casual el pueblo de Almendralejo, pero la sangre le llegaba de Navarra y de Granada, justamente cuando bullía, enardecida, en las venas de cualquier español, levantado en armas contra el francés. Libertar a la patria era preocupación vital, que continuó siéndolo cuando al simple concepto de la independencia del territorio y del Estado, se sobrepuso la noción de la libertad política, de la libertad del individuo; de la libertad de entonces para el individuo de aquella sazón, y no de otra. El "patriota" de los poetas civiles a lo Quintana conspiraba sin esperar demasiado, porque la impaciencia de todo hacía a los hombres precoces. Y así Espronceda, a los catorce años, es un "numantino" de capa que emboza secretos y de bastón apercebido a defenderlo, con la sorpresa del estoque implícito. Es a poco cuando escribe "El Pelayo", "ensayo interesante—dice Fitzmaurice-Kelly—, que no deja entrever en nada al futuro jefe de la escuela romántica". ¿Cómo que no...? El poeta romántico balbucea ya en la primera octava del poema:

*De los pasados siglos la memoria
Trae a mi alma inspiración divina,
Que las tinieblas de la antigua historia
Con sus fulgentes rayos ilumina:
Virtud contemplo, libertad y gloria,
Crímenes, sangre, desolación, ruina,
Rasgando el velo de la edad mi mente,
Que osada vuela a la remota gente...*

Fácil es percibir en estos versos la aparición de emociones nuevas, respecto a las que el neoclasicismo había gustado de suscitar, y en esa antítesis de tinieblas y fulgentes rayos, como en la siguiente, bajo distinta expresión verbal, de gloria y ruina, apunta el sino romántico de Espronceda, a tono con el de su patria poseída por la nostalgia del pasado, ya que no satisfecha del presente. El llamado "progresismo" hunde una de sus raíces en remota tierra de históricas y aún arqueológicas memorias, con cándida fe en la li-



D. JUAN VALERA

nea recta de la evolución humana. A esta luz, "El Pelayo" no responde a un simple antojo de adolescente, por cuanto refleja un anhelo de los años en que España, despistada e inquieta quiere, para marchar mejor hacia adelante, volver a empezar, desde el arranque mismo de la nacionalidad. Prodúcese a este respecto una obsesión que gana los campos todos de la política, y nadie ignora que nunca se conoció arte tan impuro como el de los románticos, si llamamos impureza a la penetración en el arte de temas—políticos, sociales, etc.—que por definición le son ajenas. Crecida parte de la obra—por diversas razones, valiosa de Espronceda—debe su existencia a la actualidad política, que el poeta vivió intensamente, pues aún no se habían construido las primeras torres de marfil o de cristal. No había otros cenáculos que los clubs, y las calles no daban ocasión simplemente a la plácida divagación, ya que con significativa frecuencia conducían a la lucha en barricadas. Espronceda respiró los ambientes más variados: si los ensombrecía el misterio o los electrizaba la pelea, tanto mejor. Del destierro, que hubo de afrontar, hizo no sólo literatura, sino acción, y en París guerreó también, con chistera y fusil, al servicio de una causa no sabemos hasta qué punto por él asimilada. Lo interesante era no conformarse; de momento, al menos; agitarse, ir de acá para allá, ceder a tentaciones como la de aquel cuerpo expedicionario que había de ayudar a los polacos... Cualquier biografía de Espronceda—la de Rodríguez Solís, la de Cortón, la de Cascales, la de Piñeyro, la recién nacida de Alonso Cortés—, nos da la movida silueta de un hombre que, salvo en hacer estupendos versos, se parecía a tantos y tantos compatriotas suyos, traídos y llevados por un viento que, después de todo, soplaba desde la más permanente y viva entraña de la raza. Eran los tiempos lo que había variado, y si el viaje a las Indias, con los conquistadores de la mejor hora, había perdido razón de ser, Espronceda tuvo que atenerse al sucedáneo de la política, de la

pobre y oscura política de aquellos días. A él no le correspondía otra cosa que la que, indudablemente, aportó: bazaría, ímpetu, desprecio por la vida... A la muerte de Torrijos y sus compañeros, Espronceda dedicó un soneto. Pero no versos en frío, ciertamente; porque el autor pudo morir también, compañero de otros fusilados, en presencia física. Soldado fué Espronceda de D. Joaquín de Pablo; de aquel "Chapalangarra" a quien ayudara y obedeciera en arriesgada insurrección. "Tristes lágrimas derrama" el poeta a la memoria de su jefe, llegada la hora del llanto, pero antes hubiese vertido su sangre. Y no sólo entonces. ¿Con qué fruto, con qué fin...? Si nos empeñamos en preguntar a los románticos por qué y para qué estaban siempre dispuestos a desprenderse de todo, daríamos lugar a que nos contestaran de esta suerte: "¿Qué idea tiene usted del romanticismo si sus acciones y pasiones trata de reducirlas a razón y a método...?"

Luego vino la sensatez, la moderación, el buen uso de la vida: el romanticismo no era propiamente un mal incurable. Porque la época hacía precoces a los hombres, adelantaba sus lecciones la experiencia. De ahí que la juventud fuese rápida, y la madurez se anticipase en un grado que hoy nos maravilla. Fué precisamente Espronceda quien en dos versos, ya proverbiales, se revolvió, más triste que exasperado, contra los "malditos treinta años". Pero gracias a esos "amargos desengaños" que la rima y el ánimo decepcionado pedían de consuno, Espronceda aprendió—tarde, pero a tiempo—que la vida, a pesar de todo, ofrece compensaciones, por imprevistas, gratisimas.

*¡Oh, mundo encubridor, mundo embustero!
¡Quién en la calle de Alcalá creyera
tanta felicidad que se escondiera,
y en un piso tercero...!*

Estos versos del "Diablo Mundo", tan prosaicos en su apariencia, guardan en el fondo la noble poesía de la vida cotidiana, la humilde verdad, genuinamente poética, de lo que está al alcance de nuestra mano y no sabemos apreciar, ni acaso

descubrir. Espronceda acabó por saber lo que valía un amor tranquilo, cuajado en el molde tradicional del matrimonio, y Teresa, la célebre, lejana y malograda Teresa, quedó en mito incluso para él. La realidad le brindó una novia que hubiera sido su esposa, de no atravesarse la muerte con mano ejecutiva. Otras realidades de la vida normal descubrió Espronceda como compensación a los años consumidos en el gusto por lo peligroso y lo extraordinario: una credencial de secretario de Embajada, un acta de diputado a Cortes. Pero no es justo ver en este final una claudicación psicológica, una rectificación del tipo. Más bien se trata de una corroboración plena. Los Don Juanes son así... Y un Don Juan fué, en prurididad, Espronceda: un Don Juan del amor, por supuesto; a la vez, un Don Juan de las letras y un Don Juan de la política. Como un Don Juan fué, toda ella, la España en que Espronceda vivió y murió. Porque es mucho más donjuanista la España romántica de la primera mitad del siglo XIX que la España imperial de Carlos V, pese al fondo histórico que viene suministrándose, por lo común, al Burlador de Sevilla. En todo caso, el donjuanismo, referido a nuestra gran época cesárea, no pasa de ser un episodio; en los días de Espronceda es una clave esencial.

Valera, que profesaba a Espronceda, a lo que parece, tanta admiración literaria como escasa simpatía personal, nos lo describe en los baños de Carratraca, donde ambos hubieron de coincidir: Espronceda, unos meses antes de morir; Valera, en su primera mocedad. El poeta que cantó a Jarifa nunca faltaba en bailes, ni en tertulias, ni en jiras campestres, mucho menos desesperado de lo que sus versos solían dar a entender. "Con su arrogante figura—escribe Valera—, con su amena conversación y con su galantería, emblesaba y hasta enamoraba a las más guapas y elegantes señoras y señoritas que había entonces allí. Toda la juventud masculina le rodeaba, le reía los chistes y le aplaudía y le admiraba cuando recitaba sus versos. Sólo alguno, que otro caballero solía amostazarle por el fervor apasionado con que su novia charlaba con el poeta y por la tibieza y hasta por el desdén con que desde que ella conoció al poeta trató al prosaico y desventurado novio..." He aquí una estampa de romanticismo burgués en un balneario de provincias. Convengamos en que ese cuadro evocado por Valera difícilmente lo aplicaría a la figura de Espronceda el lector de sus versos. Pero el cuadro es muy veraz en su corto alcance social. Las gentes se entretenían en galanteos y pláticas de salón, mientras el mundo, por fuera de las cortinas de terciopelo, se estremecía inquieto, azaroso y violento. Sólo la poesía tendía el puente entre la aparatosa realidad de Imperios que surgían y naciones que peleaban en reivindicación de su personalidad, y esa otra realidad menuda de damas y galanes que se hacían el amor en tanto valseaban, jugaban a las prendas o escuchaban versos cantados al piano. Espronceda anduvo bien a través de la sociedad de su tiempo, dominándola con su talento, con su osadía y hasta con su capacidad de mixtificación. Literato, al fin... Gracias a Espronceda y a su auge como poeta oído, leído y admirado, mucho nos es dado apreciar la dimensión de profundidad que acusa el corazón de España en el transcurso de unos cuantos años: los que van desde la vuelta del mal "deseado" Fernando hasta la mayor edad de Isabel II.

La corta vida de Espronceda—romántico hasta en eso—es un relámpago a cuyo fulgor se iluminan zonas bastante amplias de la sensibilidad nacional, trabajada por impresiones penetrantes y rápidas como heridas de florete.

EL POETA DE LA INFANCIA

POR
Cristán Yuste

DE Espronceda nos interesa su edad numantina, época fantástica de enredos secretos y santísimos despojos de gatos cazados sin segunda intención. Escosura diseña la fiera corrupta que doblega, sacudiéndolo, al extremeño asociado: es ágil, sanguínea, violenta, petulante, áspera y audaz... Basta. Lo demás, existiendo o no, no nos importa; pero sí, el entendimiento de que todo lo notado por el amigo de la infancia, explota apetente en la carne del niño. En las entrañas de éste tales rasgos decididos tallarán un mundo distante y soberbio, demasiado resuelto, y, por eso, incompleto, informe, hecho vida antes de cuajar.

Las actitudes de Espronceda: disonantes, aparentemente insinceras, serán escapes, ahogados ejemplos de ese mundo que pulsa su interna existencia, que nunca llegarán a dar a los que le rodean, en trazos cerrados, un concepto de la llama en que arde el poeta. ¿Qué sonacamos a las retahílas de estrofas esproncedianas? Las leemos distanciándonos del viril chasquido de sus sílabas, y distinguimos tan sólo fuerzas agotadas apenas dispuestas, prontos cansancios partiendo derroches de energías locas y desencaminadas. Desengaños, diréis, será la causa. No; cansancios, descorazonamientos al ver al mundo real no seguir el trote desbocado de su vida descabellada, siempre en busca de truculencias, que no son más que eso: truculencias.

II

Bronco, fuerte, desgarrado, clama y se excita Espronceda. "Buscarruidos" le apoda la "Partida del Trueno", "Buscarruidos" entusiasta y acorde al oído pueril. De sus labios carnales, de su nervio romántico, de su vida real, le brota esa su rotunda bambolla encendida, crujiente hasta despeñarse en un pronto y decidido retajar de sílabas agudas y solas. Alharaca tremenda, adobada en sudores de muerte: ya espumas marinas, ya sangre vertida, ya pringue que atufa a huesa, ya salsa revuelta y confusa de siluetas vacías.

Dos niños, Perico y Juancho, pelos crespos y manos sucias, le escuchan atentos. En sus rostros morenos, palpitante y terrible, se ajusta la llaga inflamada del mundo: la arboladura brava del bajel pirata, el asqueroso andrajo del mendigo, la aplastante pezuña del corcel cosaco, la espantosa cabriola del bú, de alucinante y voraginosas diafanidades.

Esto, y no otra cosa, es lo que encandila las infantiles imaginaciones de Perico y de Juancho, apedreaperros callejeros y Tarzanes noveles, entendidos en barrabasadas traviesas y arregostados a ellas. Esto es lo que encandila sus mentes inquietas, seduciéndolas, apoderándose de ellas, tras el tracundo destello de una estampa macabra de violencias, de impulsos que no son sino alcocarras despiadadas de energías que se esfuerzan y se agotan sin método, sin necesidad.

Acabada la faena diaria — primero la escuela, de tinteros escurridizos, prestos al berrinche rabioso; después, la juguesca en los plares de la vecindad, repleta de cacerías de avispas con carnaza de mosea, y de cántaros que se quiebran al son del destelenguado restallar de mozas boquirrubias, y también de silbidos que aúpan al birlocho a señalados estrambóticos, y de correrías en torno al burdel del poblacho, insultando con gritos y gestos procaces a las rumeras —, Perico y Juancho siéntanse en el tranco mesetero que finaliza la escalera de caracol de Petra Roda y continúan repasando, como todos los días, las poesías de Espronceda,



encuadradas en un libraco viejo de tapas de caca y pellejo de toro.

Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés.

Repiten estrofas sabidas, mondas de frases rebeldes que dicen ruidos atroces y de sonidos inútiles que sus morros indóciles articulan acostumbrados al silbido burlón. El pirata, faca y moño de trapo bermejo, se proyecta concreto en las niñas seseras de los dos lectores, y su garrulería exalta y confunde las ideas depravadas y atrevidas que rellenan los cueros pelones de Perico y Juancho.

Y del trueno
Al son violento
Y del viento
Al rebramar

Y tocando renglones nuevos sus dedos mocosos, untados en babas ojeadoras, traquetean visajes remachacones, torpes y tardos, resabiaduras de catón retestinado, visajes tragones, insaciables de letras y de sílabas que, unidas, serán versos, versos que, por ser de índole idéntica al gusto pueril, quedarán para siempre grabados en los sesos bastos y vírgenes de los dos niños.

III

Allí, junto a ellos, acontece vago, la hebra del espectro esproncediano. El poeta mismo, encarnado en la áspera alegría que reluce en las pupilas de los chavales, reflejándose constantemente en los ojos irreales y fuertes de estos niños y en los de otros innumerables, siempre igual, siempre "buscarruidos" y dispuesto a la gresca puntillosa del honor empañado, siempre con el corazón desnudo y franco en esa su boca desdeñosa, en ese su ademán cabezudo que revuelve esos sus pelos negros y rizados, y reflejando su vida, que se presenta concisa en los ojos pueriles, y sus anécdotas, que las vemos y leemos así.

IV

Pinas callejas de rótulos añejos: calle del Lucero, del Cáliz. Costanillas recoletas y pardas, hundidas en tiempos y en vidas remotas, llenas de soledades y de ariscos rincones. Costanillas herradas de guijos puntiagudos arrebolados de resol y de verbajos, entre los cortantes bordes de esas chinas losetas, creciendo en las helgaduras de esos dientes callejeros, verbajos que pintan rodales pajizos y añaden quietud al pináculo vespertino del día que declina. Costanillas de casas chatas y húmedas, con brujones de discordantes concavidades henchidas de agua que aflora verdín, o arrugadas por desconchaduras que descubren coyunturas de madera carcomida y zancarrones de barro cocido. Costanillas de casas que, reunidas en grupos, integran manzanas de cantos y adobes, rajadas en cruces de múltiples brazos, que ocupan la anchura de amplios corrales carreros embutidos en la línea quebrada de paredones entenguerengues rematados en el caballón de hastiales vidriosos, que sacan sus uñas de culo de vaso y se ensañan en el viento, arañándolo, en el viento que viene de desconcertar las uvas de gato y los jaramagos engrifados en los tejaderos.

Transcurren por estas costanillas visiones de mujeres de andares vencidos y de bocas quemadas por ardientes ple-garias. A la defensa de los malos aires que cruzan las esquinas, caminan tapujándose con sus negros mantones de flecos espesos. Son figuras que presentan los chicoleos del sepulturero. Regresan de contar el rosario. Con ellas vienen niñas: mozas frescas, gozosas de vida, de taconear fogoso y firme que rompe el silencioso andar de la tarde moribunda y de las mujeres. Al ruido mozo, una gallina ensoñarrada aletea de susto, y en el cenit se quiebran los rayos postreros del sol, hiriendo las nubes cercanas.

En un corral, cotarro de gallinas y de puercos, la revolucionaria sociedad numantina somete a voto la suerte de un boticario enemigo.

Se decide allanar su vivienda y birlarlo

cuantos cachivaches se crean menester. Una vieja remorada ve a tres chiquillos escalar una tapia, y no ve más.

Los arrebatados numantinos, cumplidores de tan fantástica misión, se llegan a los desvanes del farmacéutico y requisan varios cacharros y tacos de regaliz, que lamen de gusto. Encuentran también píldoras de cáscara dulce, y en ellas engolosinan sus bocas chuponas. Las embestidas de un sape a un ratón rabuo escandaliza las buhardillas, y ellos, hinchados de botín, huyen temerosos de una encerrona que escarmiente sus ardores, no sin haber antes tiznado de ungüento amarillo la panza de una retorta de raro cristal.

Rápida hazaña que se eterniza al día siguiente en el excusado, concurrido de continuo por los chavales numantinos. ¡Las píldoras de cáscara dulce eran purgantes embusteros, especiales para barri-gas mimadas!

V

Espronceda, a la hora de la muerte. Los palitroques del marco camero que encierra la agónica postura del poeta. Rostro febril y en ayunas. Demacrado. Visitas amigas que se turnan aguardando la asfixia que le ahogue. Gil y Carrasco, Salas y Quiroga, siempre a su diestra. Su pariente, el obispo Bonel, asegurándole el umbral de la Gloria. El doctor Hissern, atareado por la pura intención de agujerearle la nuez de Adán. Todos sus buenos amigos, presentes, condolidos de esos sus rasgos dislocados por la calentura; mas sin poder atenuar los porrazos que le atiza el garrotillo, y sin poder parar tampoco el ronco timbre del crup qua, a punto, le avisa su hora postrera. El, así: sin que nadie le ayude, y todos pretendiendo auxiliarle. Todas sus fibras, todos sus gestos, anhelantes del turbio y sudado aire de la alcoba, de ese aire que se corta en la membrana diftérica que atraganta su gástrate, de ese aire que se le congela en sus gáñiles como aterrado por esa su estridente espiración, espiración que se apaga y concluye en la debilidad progresiva de un murmullo vesicular. Y luego, vehemente por no morir, el vaivén ruidoso de los paroxismos respiratorios, ese vaivén que se afana en aserrar el aire para mejor sorberlo de un górgoro que infla el flácido pulmón. El fin: un rictus gargajiento y asfíctico que estira los tegumentos de su pescuezo, engurruña su estampa postrada y le siega la vida que expira agarrada a las ansias de un estertor quejumbroso y final.

VI

Espronceda, este poeta romántico que vive y que muere como un niño, aunque espíritus eruditos pretendan lo contrario, no sólo es el autor del "Canto a Teresa o a Jarifa", sino que también lo es de una serie de poesías henchidas de psicológicos dejos pueriles. Este poeta romántico, sugestivo en sus truculentas genialidades, genialidades de época que, aunque se digan plagadas, no dejan de ser genialidades que le brotan de lo más hondo de sus frenesis servientes y románticas, es, por excelencia, el poeta de la infancia. Perico y Juancho, estos y todos los chicos de igual calaña, le escuchan embelesados. Al único poeta que atienden con verdadero entusiasmo, con ese entusiasmo precursor del Triunfo y de la eterna memoria, es al extremeño José Espronceda. De elocuente renombre, la "Canción del Pirata" da pie y belleza a las bizarras musarañas infantiles. La "Canción del Pirata" es el genuino deseo pueril hecho carne de verso. La "Canción del Pirata" es el credo aventurero de todos los niños, de todos los niños que jamás dejarán de recordarla en su edad adulta, logrando para Espronceda, sólo con eso, pese a sus mejores poesías, la profecía que él señalara:

Hombre débil, levanta la frente,
Pon tu labio en su eterno raudal:
Tú serás como el sol en Oriente,
tú serás como el mundo, inmortal.



ESPRONCEDA: LA VIDA DEL POETA

por Ángel Valbuena Prat

A L cumplirse el siglo de la muerte del más poderoso de nuestros líricos románticos, queda su época y su escuela poética a suficiente distancia para ver superados a la vez el entusiasmo sectario de la glorificación y la reacción excesiva que sigue siempre a cada estilo detonante o a cada generación revolucionaria. Si he hablado a veces de tres clases de centenarios: CENTENARIOS DEL FUEGO (del entusiasmo, del fervor), CENTENARIOS DEL VIENTO (crítica, reacción, cambio de culto) y CENTENARIOS DEL HIELO (fría y académica obligación oficial), ¿a cuál de los tres correspondería el que este año se dedica a aquel poeta al que uno de los contemporáneos acataba y veneraba en su "gallarda e imponente" "airosa fisonomía"? Desde luego, nos encontramos este mismo año con los dos centenarios representativos de San Juan de la Cruz y de Espronceda, el poeta del amor de Dios y el poeta de las iras del diablo, para decirle en una expresión un tanto injusta y un tanto romántica para el segundo. Si ante el "frailecico" carmelita arde la lámpara del santuario del fuego, ¿para el anárquico "irreligioso" y "valiente", como su creación de Montemar, hay un infierno dantesco de hielo o un vendaval también dantesco que arrebató al amor desordenado de Teresa y José como a Francesca y Paolo en el mismo poema del gibelino? Con innegable simpatía al mundo de acción de los románticos, pero a la vez con segura superación del mundo confuso de "logias" y conspiraciones, de veleidades de hijo pródigo y de anarquismos trágicos unas veces, grotescos otras, que arrastra nuestro siglo XIX y se incuban en la misma generación esproncediana con raíces que en todo el siglo no se arrancarán, nuestra posición participa algo del fuego y del hielo, y del viento también. Devoción a una personalidad sumamente española, impetuosa y rebelde, capaz de grandezas y de ascensiones; el "hielo" de una serena revisión y aceptación de uno de nuestros mayores poetas, y el "viento" que se lleva a los rincones del Museo, no a una estética, en la que muchas veces están aceptadas para siempre ya, sino a una ideología de lamentable confusionismo que hemos para siempre superado.

José de Espronceda nace al año de la guerra de la Independencia, el 25 de marzo; por tanto entre "el 19 de marzo y el 2 de mayo", dos fechas esenciales del 1808. Nace en circunstancias excepcionales, si se admiten los datos usualmente aceptados de la ida a Badajoz del brigadier, su padre; de la detención de la carretela cerca de Almodóvar, del nacimiento "a campo abierto" del futuro niño mimado en los Pajares de la Vega. Sin duda, este último extremo se halla bastante discutido, pero se aviene bien a una "estampa ochocentista", aun en el momento en que las hadas del romanticismo velaban al recién nacido, al "Adán" que se asomaba a este pícaro y "diablo mundo". Rodríguez Solís describía en el año 1883 esta página de la "carretela" de los padres del poeta, con un acento que "sabía" a la vieja escuela: "Lánguidamente reclinada sobre los almohadones, con la luciente y negra cabellera cayendo en desorden sobre su hermoso cuello, con los ojos brillantes y los labios temblorosos, dejando escapar algunos suspiros, se hallaba una hermosa joven que podría contar hasta veinte años; de tiempo en tiempo clavaba sus hermosos ojos en el gallardo coronel, buscando en los suyos consuelo y amor, hasta que, agotadas las fuerzas, cayó en los brazos de la doncella que la acompañaba..."

La madre del poeta, "la hermosa joven" de la estampa, fué, según parece, de un carácter indomable, irascible y sumamente voluntarioso; en cambio, "el gallardo coronel", de mayor edad, era una persona abúlica y bonachona. Entre la madre dura y el padre bondadoso, se crió el niño mimado y prodigio, que tantos disgustos causara a los progenitores. Es sumamente curiosa la actitud ante sus padres, revelada en las cartas de Espronceda desterrado. En una, sobre todo, fechada en Bruselas, y que publica

Cascales y Muñoz en su libro esencial para la biografía esproncediana (en el año 1914), dice el poeta: "Yo, mamá mía, no soy un hijo degenerado; si he tenido un momento de error, les pido mil perdones, y no creo que será usted tan cruel que me los niegue... No soy ya aquel calavera de antes..." Es sumamente curioso que, estando la carta redactada a la vez a los "amados padres míos", se dirige a la madre, especialmente en demanda de justificación, y va a ella en singular frase de "no será tan cruel que..." Espronceda tuvo como maestro a Alberto Lista, en el Colegio de San Mateo, de Madrid: su clasicismo, su pobreza austera, dejaron huellas innegables en el poeta-prodigio. La formación clásica, que nunca abandonó a Espronceda, y que hizo encerrar en octavas reales su más desenfrenada y desesperada canción de amor, se debió al aprendizaje en el clasicismo herrerriano del Lista de transición.

Desde chico fué aficionado Espronceda al "juego" de la conspiración y de la Sociedad secreta. En "Los numantinos",

su marido, deja la impresión de una orgía, de pesadilla y de macabro sabor romántico, que parece dejaron huella en la fantasía del poeta, para los momentos más escalofriantes y trágicos del final de "El estudiante de Salamanca". A la vez, en contraste con la tempestad y los bramidos de fieras humanas, hay una descripción de amanecer en el mar, que también pudo haber dejado ecos en la parte más serena y sonriente de la poesía del romántico de las contradicciones: "Respirábamos nosotros con codicia el aire suavísimo de la madrugada. A mí me pareció que había salido del caos." En Lisboa fué donde, según se cree, conoció Espronceda a Teresa Mancha, la mujer "esencial" en la vida y en la poesía del autor de "El diablo mundo". Un retrato al óleo de Teresa, que poseía su nieta cuando Cascales publicó su importante estudio sobre el romántico, nos permite adivinar el alma hondamente femenina de la mujer que enamoró a Espronceda, los ojos "con mucha noche"—para emplear la metáfora de Góngora—, la boca sensual y carnosa, la na-

tima de ella." Y Cortón, aún más despiadadamente, lanza este sarcasmo: "Lejos de matar a 'Elvira', estuvo a dos pasos de que 'Elvira' le echase a la fosa." Espronceda volvió a Madrid aprovechando la amnistía de 1833; ingresó en los Guardias de Corps, se hizo el hombre del momento en todas las reuniones literarias, el poeta de fama, que asistía al "Parnasillo", entre Ros de Olano, Escosura o Miguel de los Santos Alvarez. Vivía en la casa número 3 de la calle de San Miguel, y Teresa "tenía puesto un piso" en el 1 de la misma. Luego pasaron entre los dos amantes detalles de la "eterna cantilena". Espronceda dejaba mucho tiempo sola a Teresa; ella se sentía celosa y quería absorberle. Llegó a proponer a un amigo de José que le matase, y entonces ella huiría con él. Al fin, fugóse a Valladolid. Espronceda la buscó y la volvió a traer consigo. Al fin, mientras Espronceda, por motivos políticos, tuvo que esconderse en casa de un amigo, Teresa, cada vez más separada espiritualmente del poeta, acabó al fin con él y huye, dejándole su hija. Esta niña—Blanca de Espronceda y Mancha—había nacido en 1824, siendo bautizada en la Parroquia de San Luis, el día 15 de mayo; al desaparecer Teresa, que dejaba a su amante la niña, como dejara antes a su marido legítimo un hijo, fué criada por la madre de Espronceda hasta la muerte de ésta. Heredó algo de las cualidades líricas del padre, y cuando mayor y casada con Narciso de la Escosura tuvo la desgracia de la muerte de una hija, a la que había puesto por nombre Teresa—como si un presentimiento fatal la hubiese unido a la Teresa de los cantos y arrebatos románticos—, Blanca canta su muerte con auténtico sentimiento.

Espronceda, retornando al gran episodio de amor, no volvió a ver a su amante hasta su muerte. Como una Margarita Gautier, muere tísica Teresa, y se sabe que el poeta vió su cadáver a través de la reja de la mansión mortuoria, en la calle de Santa Isabel; pero su pasión quedó en su alma, imborrable e inolvidable en sus versos de fuego, de ternura y de desesperación:

"Un recuerdo de amor, que nunca muere y está en mi corazón; un lastimero tierno quejido que en el alma hiere..."

Teresa murió el 18 de septiembre del año 1839, y fué enterrada de limosna por la Parroquia de San Lorenzo, en el Camposanto de la Puerta de Toledo. Espronceda, como en el sarcasmo final de su "Canto a Teresa", siguió la "cavara del mundo hermoso que al placer convulsa", y halló consuelo en otros amores con doña Carmen de Osorio. Hay, con todo, en las poesías que dedicó a ésta, un sello indudable de corazón roto, de trágica desesperanza interior:

Marchitas ya las juveniles flores,
nublado el sol de la esperanza mía;
hora tras hora cuento, y mi agonía
crece con mi ansiedad y mis dolores.

Poco después entabló relaciones serias con doña Bernarda de Beruete, con la que estuvo al punto de casarse. Un billete amoroso a esta dama deja un curioso apunte subconsciente de la veleidad del "Montemar" de la vida: "Ver a usted y no amarla es 'casi' imposible..."

Espronceda había seguido siendo un incorregible revolucionario, diríamos "un revolucionario por sistema". Ferrer del Río nos dice que el poeta "fué separado del Cuerpo de Guardias de Corps por leer en un banquete unas décimas en que censuraba amargamente al Gobierno". Además se le desterró a Cuéllar, en donde, encarcelado con el lugar y el nombre, redactó su mediana, aunque curiosa novela histórica: "Sancho Saldaña o El castellano de Cuéllar"; combina motivos de Historia castellana—Sancho el bravo y Alfonso X—con la moda a lo Walter Scott y otras influencias de menos calidad: D'Arincourt, De la Vigné, etc. Espronceda se asomó también al teatro. Estrenó "Ni el tío ni el sobrino", en colaboración con Ros de Olano, el 25 de abril de 1834, y el drama "Amor venga

(Continúa en la página 12)



con sus ritos secretos, con "los ropones negros" y el rostro oculto bajo máscaras, y con puñales en la mano y faroles de papel rojo, en una especie de bóveda de cripta, se reunían aquellos muchachos, según contó después Patricio de la Escosura. Entre ellos estaba Espronceda. Así, "disfrazados en parte de fantasmas, y en parte de bandidos de melodrama—comenta Escosura—, y en tan lóbrego escenario, representábamos un día y otro día lo que bien pudiera llamarse parodia de una Sociedad secreta". La ejecución de Riego exaltó a los "niños conspiradores"; Ventura de la Vega y Espronceda juraron vengar al liberal sublevado, y la Sociedad de los "Numantinos" se vió envuelta en la reacción absolutista fernandina. Espronceda fué condenado a reclusión en el Convento de San Francisco, de Guadalajara, aunque fué indultado al poco tiempo. Su salida a Portugal, aunque pudiera en parte proceder del temor a nuevas represalias de la reacción absolutista, parece que se debió, sobre todo, a su sed inagotable de aventuras. En el artículo "De Gibraltar a Lisboa, viaje histórico", que publicó Espronceda en el periódico "El Pensamiento", poco antes de su muerte (en 1841), nos dejó un terrible aguafuerte de lo que fué su "aventura" de hijo pródigo y "revolucionario". "Había emprendido la carrera de emigrado y viajero sin consultar a nadie"—nos dice—, y la impresión de aquella balandra, las riñas a bordo, la comida áspera y picante ("cada uno de nosotros llevaba un volcán en el estómago"), las blasfemias, el horror de la muerte de una mujer, arrojada después al mar por

riz fina, la expresión melancólica. La leyenda y la Historia se entrelazan en la más dramática aventura de nuestro romántico. Enviados a Inglaterra los emigrados españoles de Portugal, se piensa en la ida del poeta "en pos de la amada". La estancia en París de Teresa, ya casada, y de su amador, que no la olvidó. Parece ser fué en el París, siempre señalado por las flechas de Eres, donde comenzó la vida como amantes de Teresa y José. Después de febrero de 1829, casada Teresa con un comerciante—Gregorio del Bayo—, tras la experiencia de una vida difícil, en la que en Inglaterra "las hijas del coronel Mancha bordan con el mayor primor brazaletes, sacando de esta industria auxilios para socorrer su indigencia honrada", la existencia cómoda del marido rico no cambia el carácter de una mujer esencialmente romántica y de espíritu lanzado a la aventura. Las reuniones en París con el apuesto conspirador y poeta arrebatan a Teresa, que, al fin, abandona su hogar y viene a España, en compañía de su amante. Sobre si fué o no víctima Espronceda de Teresa o a la inversa, es curiosa la posición de varios historiadores. Acaso el mismo autor de "El estudiante de Salamanca" contribuyese a difundir la leyenda de "la mujer víctima", el "romanticismo de lamentación", como la Elvira del poema, "muerta de amor". Cascales, en cambio, piensa de Espronceda en esta aventura en esta forma: "Parece indudable que fué Teresa la primera mujer a quien amó; y la amó tan locamente que, contra la opinión formada, en vez de ser ella una víctima de Espronceda, fué Espronceda una víc-

Espronceda en el amor

Por JOSE MARIA ALFARO

SIN duda ninguna José de Espronceda representa el arquetipo simbólico del romanticismo español. Vida y obra son en él ardorosa fiebre, delirio arrebatado, pasión apresurada de "hijo del siglo". ¡Vida y obra! ¡Como si acaso no fuera obra viva la vida y vivir reconcentrado y anhelante la obra! Y, sobre todo, en el romanticismo, y más aún en Espronceda, en quien el paso de los días fué tormenta furiosa al gusto y uso de sus contemporáneos más exigentes.

En Espronceda van a cristalizar, con bisel a la española, las virtudes y vicios del ventarrón romántico. Conspirador entre las sombras de la noche, demagogo sobre la pólvora de las barricadas, expatriado por los reveses políticos, cantor de los desbordamientos del espíritu y de las amarguras de la carne, filosofante y predicador en verso, sus amores habían también de sellarse con el loco abandono a la pasión y con la cruel réplica de sus sentimientos encontrados.

Cuando el autor de "El diablo mundo" tropieza con Teresa Mancha, ya el "dandysmo" amoroso de Byron ha corrido en alas del escándalo y admiración por toda Europa. La crónica mundana señala la pasión exhibicionista del lord-poeta. El arrebatado sentimental canta al pie de todas las ventanas del mundo, y con versos de Byron en los labios se puede morir de ardorosos deliquios o de imposibles ausencias.

Si, como el credo del tiempo vaticina, cada uno es dios y árbitro único de su propio ser, el siroco anhelante del amor no ha de encontrar sino velas tendidas para la erótica carrera. El ejercicio amoroso no será solamente llama interior, desgarradura del alma, intimidad inquiladora; su alarde ruidoso será cédula de presencia romántica, certificado de delicadeza y fortaleza—a la par—del espíritu. Así exhibido, el amor había de caer en los convencionalismos públicos por huir del dulce sigilo de los convencionalismos con sordina. Parejas en éxtasis aprendido cruzarán sus pasiones exageradamente pecadoras bajo los escandalosos cielos de la fuga.

Espronceda cuenta veintitrés años. Hace cinco o seis que conoció a Teresa, allá en Lisboa, donde ella acompañaba en el exilio a su padre, el coronel don Epifanio Mancha. El coronel era la estampa viva del militar lanzado a la "carrera de la conspiración". Se había sublevado con Lacy en Barcelona; desde las filas del "bataillon sacré" combatió a la Guardia Real el 7 de julio de 1822; su espada liberal se opuso a las bayonetas de los cien mil hijos de San Luis, y la capitulación del Ejército de Ballesteros ante las tropas de Angulema le obligó a expatriarse una vez más. Florecía Teresa en sus quince años cuando se conocieron. El joven conspirador de "Los Numantinos", evadido de su España en trance de énfasis y aventura, encontró en la belleza de la hija del coronel el cauce luminoso para su ardor romántico.

Mano a mano con el deliquio, Espronceda siguió a Teresa a Londres, a aquel Londres regido por la mano de hierro de lord Wellington. El joven poeta cultivaba el dandysmo al uso. Su frenesí conspira-

torio encontraba el bálsamo señorial de los dineros familiares, que volaban junto al hijo calavera, al que gustaba bromear con el vivir. Teresa, en cambio, consumía entre las brumas de la proscripción el pan escaso que sus manos producían. En "El Emigrado Observador"—periódico que los expatriados españoles daban a la luz incierta de su destierro—se publicó entonces este sencillez y patético anuncio, exponente mesurado de la tragedia burguesa de la familia del militar: "Las hijas del coronel Mancha bordan con el mayor primor brazaletes, sacando de esta industria auxilios para socorrer su indigencia honrada."

La urdimbre de la tragedia romántica se apretaba día a día. En la tiniebla de la "honrada indigencia" del hogar del co-

de Hugo... Bulevar de los Italianos. Hotel Favart. 1831. (El mismo año en que Alfredo de Musset —azucena romántica— publica sus poesías, y el gigantesco y desproporcionado Hugo saca a la luz "Nuestra Señora de París".) En la noche del 15 de octubre un matrimonio español procedente de Inglaterra, se aloja en el hotel donde Espronceda vive. La noche ansiosa del poeta se ilumina con el ardor de su deseo. A la mañana siguiente, cuando don Gregorio del Bayo salió del hotel para correr sus asuntos, Espronceda irrumpió en la habitación de su antigua novia. La palabra vehemente del cantor del pirata restalló sobre la carne de Teresa. El romántico otoño parisién, que machacaba hojas marchitas con brumas del Sena, en-

acaso la hoguera no vivía sino a costa de su exteriorización exagerada y de correr en volandas de las lenguas ajenas, para repetir la romanza del amor desorbitado entre ingenuas ensañaciones demoníacas e imposibles devarios retóricos. Ya había que preparar

*¿...Teresa mía,
que fuera eterno manantial de llanto
tanto inocente (!) amor, tanta alegría,
tantas delicias y delirio tanto?*

Acaso el prestigio de ese amor estaba vinculado al cinismo de sus trasportes embriagadores y a la lírica propaganda de sus lágrimas previsibles. La enunciación del libertinaje, más como travesura resonadora que como tembloroso ladrido de la carne, era irrefragable razón apasionada.

Espronceda, por fin, abandonó aquel París de sus noches ardientes y corrió con Teresa a Madrid, a tirar piedras de escándalo desde su casa de la calle de la Cruz. Por aquel mismo tiempo, Jorge Sand y Alfredo de Musset vuelan a poner en Italia incendio meridional a sus amores. Stendhal ya es viejo, declina su esperanza entre el chato vivir de Civita Vecchia, y topa con los amantes cuando éstos bajan al Ródano con el sueño de una eterna primavera italiana en las carnes. Stendhal no comprende aquellos amores, como no hubiera podido entender seguramente los de Espronceda y Teresa.

Nada más lejano a la delicada cristalización de la ramita de Salzburgo que el estrépito declamatorio de la aventura esproncediana. Sobre el Madrid romántico el cantor de Teresa abre la capa seductora de su exaltación y su cinismo convencional. El folletín va cubriendo uno a uno todos sus objetivos. Teresa exhibe su triunfo de musa de carne y hueso. El joven Espronceda, galgo romántico de la poesía y la política, la exalta sobre la plataforma de sus triunfos. Pero la inexorabilidad de una retórica exige la tormenta cotidiana, la negra noche alzándose bajo el capuz siniestro. ¡Celos! Es lo mismo. El Destino había de traer por todas las sendas la irremediable necesidad de una rotura. Teresa huye; Espronceda la busca. ¡Hay que apurar hasta las heces la copa revuelta de una pasión que haga biografía! Hay que poder merecer el trémolo declamatorio:

*¡Oh, cruel! ¡Muy cruel! ¡Martirio horrible!
¡Espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo,
morir el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
prescribe a tu conciencia lo pasado,
buscando en vano con los ojos fijos
y extendiendo tus brazos a tus hijos...*

Y para que el cielo de la tragedia romántica se cierre, Teresa ha de morir en la indigencia, Margarita Gautier carpetovetónica, y su cadáver ha de ser descubierto entre dos cirios, a través de las rejas de un miserable piso bajo de la calle de Santa Isabel, por el propio Espronceda, que clavará su frente contra los hierros que guardan la carne vencida y maldita de su antigua amante.

Al poeta ya no le falta nada para edificar.
(Continúa en la página 12.)



ronel conspirador apareció la luz deslumbradora del oro del negociante D. Gregorio del Bayo. La hermosura de Teresa abrió las áureas puertas de la fortuna. José de Espronceda, desahogado hijo del siglo y retórico hombre de acción, preparaba su revancha a la vez que rompía las esclusas de sus desolados y melancólicos sentimientos. Todo en su verbo se hacía "noche oscura", "luz sepulcral", "enormes tinieblas" y "fatal destino". La boda de Teresa fué quizás el aldabonazo que exasperó la pasión del poeta. Al romántico militante, que tenía que poner en práctica las enseñanzas de escandaloso amor y rotura de los convencionalismos que la moda del tiempo exigía, aquel incentivo de la dificultad del objeto amado le ponía espuelas al ansia.

Veintitrés años y París. Cerca las sombras de Lamartine, de Chateaubriand,

tonó la sinfonía, para acompañar al rapto.

Vivieron los dos el arrebatado hiperbólico que exigían los cánones de la época: primero, entre las sombras recogidas de un piso interior del Pasaje de los Panoramas, y después, bajo las luces abiertas de Pany. Espronceda—al que Eugenio d'Ors califica de "genio de café, Byron chispero, populachero y popular, charlatán del pesimismo y juerguista sentencioso—obtenía con aquellos amores el grado de doctor en el ejercicio romántico. En aquel impudor exhibido residía quizás la esencialidad del amor del poeta. Para que éste se produjera era preciso el aireamiento de una tragedia pública que diera dimensión espectacular a sus caricias pecadoras. Sin la posibilidad de un inconsciente y fatal desenlace y las premisas de la vulneración de las más sencillas normas morales, no había viento que agitase aquella llama incontenible. Porque

ASCENDENCIA Y DESCENDENCIA DE "EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA"

POR
Joaquín de Entrambasaguas

CUANDO José Espronceda escribe "El estudiante de Salamanca", el argumento del poema ha caminado mucho por la literatura y adquiere nueva vitalidad para cominar más.

No deja de ser curioso el desenvolvimiento de este asunto, dotado, sin duda alguna, de un poder poético y, sobre todo, romántico, en realidad incomparables.

Su origen es una conseja, de superstición popular, muy extendida en las regiones del Norte. No sólo de España—Galicia, Asturias, la Montaña...—, sino del extranjero—Bretaña, País de Gales, Escocia, Alemania, Suiza, Portugal...—, con diversas variaciones, pero siempre coincidiendo en los rasgos principales.

Según esta leyenda, la persona que está próxima a morir ve a la media noche una terrorífica procesión, formada por muertos, que llevan a enterrar un "sosa" suyo, cantando con voz tenebrosa y empujando sendos hachones encendidos.

Pues bien, esta conseja, nimbada de misteriosas y románticas nieblas norteanas, anda en los viejos romances, y aparece ya con carácter de creación literaria, definida en sus puntos esenciales, en el interesante y raro libro de Antonio de Torquemada "Jardín de flores curiosas", impreso en Salamanca en 1570, donde el pecador protagonista, enamorado de una monja, va una noche a raparla del convento, y, hallando la puerta abierta, penetra en la iglesia donde se celebran en aquel momento unos funerales. Al preguntar al más próximo de los asistentes quién es el muerto, oye su propio nombre, y, aterrado, huye del templo, seguido a poco por dos mastines negros que, aunque alcanzan su casa e intentan defenderse de ellos, le despedazan al fin.

De la versión de Torquemada, que moldeó literariamente la leyenda popular para el futuro, surgió la inspiración para otras, en las cuales distintos elementos literarios han dado novedad al tema.

Coetánea del libro de Torquemada es una composición en redondillas de un tal Cristóbal Bravo, poeta ciego, de Córdoba, que la publicó en Toledo en 1572.

En ella, la leyenda, atribuida a "Lisardo, el Estudiante", sigue a Torquemada, y es difícil precisar en obras posteriores quién de estos dos escritores fué el modelo.

Lope de Vega—cuyo teatro es el "corpus legendarum" hispano—no podía por menos de aprovechar esta conseja, y, efectivamente, la encontramos en su comedia "El vaso de elección", si bien desvirtuada de todas sus características literarias, solamente en el hecho prodigioso que atribuye a San Pablo:

"¡No estoy

En mí! ¿Es sueño, es devaneo
Lo que escucho y lo que veo?
Si es verdad que santo soy,
¿Cómo me van a enterrar?

En la segunda parte de su trilogía dramática "La Santa Juana", se sirvió Tirso de Molina de los presagios simbolizados en la leyenda, pero tan lejos de ella que aquí es el sueño de un personaje, y la santa, luego, quien le desengaña:

"Lillo es, por Dios, que, dormido,
mi amor ha puesto en cuidado,
pues todo lo que ha soñado
de mi mal, presagio ha sido.
Aumentado ha mi temor
por lo que durmiendo acierta."

De forma distinta, pero igualmente estilizada, influye la leyenda en las come-

dias "El niño diablo", de Luis Vélez de Guevara, y "El rayo y terror de Italia", de Pedro Rosete Niño, nada buena ésta, ciertamente.

Pero quien dió nuevo impulso a la leyenda en la segunda mitad del siglo XVII fué un curioso escritor, el doctor don Cristóbal Lozano, de quien me ocupé por extenso en un libro.

Este prosista, contemporáneo de Calderón, resucitador de nuestras más famosas leyendas, trazó sobre la del estudiante Lisardo una novela, titulada "Soledades de la Vida y desengaños del Mundo", en que suaviza el terrible final, convirtiendo en arrepentido eremita al protagonista, con la compasión sentimental de Zorrilla en su "Tenorio".

A la novela de Lozano siguieron unos populares y anónimos romances de "Lisardo, el estudiante de Córdoba", que la versificaron sin variación y contribuyeron no poco a la difusión de la leyenda, y en el siglo XVIII se refundió, con ninguna gracia, en una Historia de Lisardo, el estudiante de Córdoba, y de la hermosa Teodora, con los trágicos sucesos del ermitaño Enrico. Sacada en compendio del tomo titulado "Soledades de la vida y desengaños del Mundo", a la cual siguió un olvido creciente de la leyenda hasta la época romántica.

En el texto de Lozano, sin duda alguna, la conoció Espronceda, y percibió con exactitud todo su valor poético, creando en "El estudiante de Salamanca" la obra maestra de la leyenda.

Tuvo, en primer lugar, el gran lírico extremeño, el acierto indudable de concebirla en forma de poema—quizá conoció también los romances y éstos se lo sugirieron—y de dotarla de novedad en sus elementos argumentales.

En este "cuento fantástico" como lo llama su autor, donde la multiplicidad y la diversidad métricas, típicamente románticas, consiguen efectos de expresión magníficos, está perfectamente lograda una absoluta arquitectura literaria en que es norma su progresión emotiva. Con razón se considera la obra cumbre del magnífico poeta romántico.

Espronceda comienza por describir un

ambiente fuertemente superromántico—noche, misterio, terror—, sobre el que traza las figuras del protagonista—persiste el tipo del estudiante—y de la amada—liberada, con acierto, en cambio, de su tradicional carácter de religiosa—, que contrastan con violencia: en D. Félix de Montemar se nos aparece un precoz Tenorio que, afortunadamente, termina su carrera cuando prometía superar al "burlador de Sevilla". En Elvira, la más alta y delicada alma femenina, no obstante su hondo latir humano.

He aquí algunos rasgos del retrato de don Félix, en verdad insuperables:

"Alma fiera e insolente,
Irreligioso y valiente,
Altanero y reñidor..."
"... Corazón gastado, mofa
De la mujer que corteja,
Y, hoy despreciándola, deja
La que ayer se le rindió..."

Y como su reverso, en una inevitable afinidad de contraste, sin embargo, "la desdichada Elvira

amor del estudiante un día,
Tierna y feliz y de su amante ufana,
Cuando al placer su corazón se abría,
Como el rayo del sol rosa temprana."

Apenas si se esfuma un idilio en la mente del lector, cuando muere Elvira, condensado en la famosa carta, delicia, con razón, de nuestras abuelas, y muy superior en calidades poéticas a la del encantador histérico Lord Byron, y apenas comparable a la del seudofilósofo Campoamor, capaz éste de convertir en prosa al propio Apolo.

Lo que sigue, alarde cínico de D. Félix, de verdadero barroquismo immoral, colorea magistralmente su silueta esbozada antes, para preparar, sin desequilibrio, el final, basado en la leyenda que nos ocupa.

Gran acierto, entre los muchos de Espronceda, al tratar la leyenda de nuevo, es crear la figura del hermano de la amada, que intenta vengarla y muere a manos del protagonista, ensombreciéndole aún más con su sangre.

Conseguida así la tónica dramática con hábil gradación intensiva, adviene muy na-

turalmente la situación fantástica creada por la leyenda.

Pero aún Espronceda modifica ésta inteligentemente, dándole mayor intensidad poética al hacer que sea la propia Elvira—aparición fantasmagórica—quien le arrastre en una espléndida visión de monstruoso cerebralismo—sin duda, como lo que sigue, lo mejor del poema—al momento de presenciar sus funerales, íntegramente reproducido, si bien simultaneando con ellos los de su víctima, el hermano de Elvira.

Así consigue Espronceda un dramatismo mayor, que percibió su exquisita sensibilidad poética: D. Félix de Montemar no sólo ha condenado infernalmente su propia alma, sino que es culpable de la pérdida de la de su víctima, muerta en pecado mortal.

El final, diferente del de la leyenda, supera con mucho literariamente a ésta, y corona bellamente con su trágica y fantasmal escena, la feliz creación de Espronceda: el fantasma de Elvira, que ha sido acompañante de D. Félix, se abraza a él en un desposorio macabro—ante la figura sangrante del hermano asesinado que los une—, y el estudiante, oprimido por aquel "cariado, lívido esqueleto", "desaparece en una vorágine infernal, mientras, con la vida, amanece en Salamanca.

No obstante haber interpretado Espronceda la leyenda del "Estudiante Lisardo"—nombre el más frecuente de ella—de modo insuperable, tentó su asunto después a otros literatos.

Casi al mismo tiempo, otro poeta, el gran juglar culto Zorrilla, tomando la leyenda de nuevo, y a través de Lozano—autor muy leído por él—y de Espronceda, la utilizó para la suya "El capitán Montoya", con tan ligerísimas variantes y tan escasa originalidad poética que no merece comentarse, ya que muy poco aporta a la justa gloria del autor de "Margarita la Tornera".

Como un reflejo de Espronceda y de Zorrilla, apareció en el "Semanao Pintoresco Español" de 1851 una derivación de la leyenda de "El estudiante Lisardo" con el título de "Don Miguel de Mañara", "cuento tradicional"; otra, bastante débil y sin el aliento popular que suele animar el asunto en las demás versiones, de José Gutiérrez de la Vega, que, a la vez, se dejó influir por el drama tenoriano de Dumas "Don Juan de Marana".

No más original, y embebida de un exagerado efectismo vulgar, es la novela de Próspero Mérimée "Las almas del Purgatorio", donde se refleja la leyenda que inspiró a Espronceda, y cuyo curso hemos venido siguiendo, que, traducida al español por D. José Plácido Sansón, se publicó como folletín del periódico "Las Novedades" en 1868.

Después de otra larga etapa de olvido del Estudiante Lisardo y su leyenda, Bonilla San Martín, bajo el seudónimo de Martín de Samos, publicó en 1908 "El burlador de Salamanca, leyenda lírica de José de Espronceda, adaptada a la escena. Música del maestro Karl Fritz Zutt", que es una acertada refundición dramática del "cuento fantástico" del gran poeta romántico.

Por último, coincidiendo con el centenario de Espronceda, nuestro ilustre poeta y dramaturgo Eduardo Marquina ha compuesto "El estudiante endiabrado", donde el antiquísimo lema ha reverdecido en nueva poesía.



DEL NEOCLASICISMO Y DEL ROMANTICISMO EN ESPRONCEDA

POR

Manuel Cardenal

EL POETA

Lo que un alma puede revelar en la piedra, en el lienzo, en la pauta o con la palabra, está naturalmente sujeto a las posibilidades que cada una de estas materias ofrece al artista. Pero aunque el poeta oiga siempre un himno gigante y extraño y sepa que no hay cifra capaz de expresarlo, se esfuerza, sin embargo, en utilizar para ello aquellas posibilidades mismas que el idioma en que escribe le depara. Y aquí interviene el segundo don de los poéticos: la dulzura y musicalidad de la palabra. El primero es sabido que consiste en tener de Dios la comisión de decir algo. Sin ambas dotes no hay poesía: el poeta tiene que anunciar algo, y anunciarlo con voz dulce. Ahora bien, el poeta no canta inmediatamente para Dios, tampoco el pájaro en la rama, sino para los otros hombres, de quienes tiene que hacerse entender. Y como es hijo, además, de su tiempo—grande, pero inevitable limitación—tiene que hablar, no ya una lengua, sino la lengua de su tiempo.

EL POETA EN LA HISTORIA

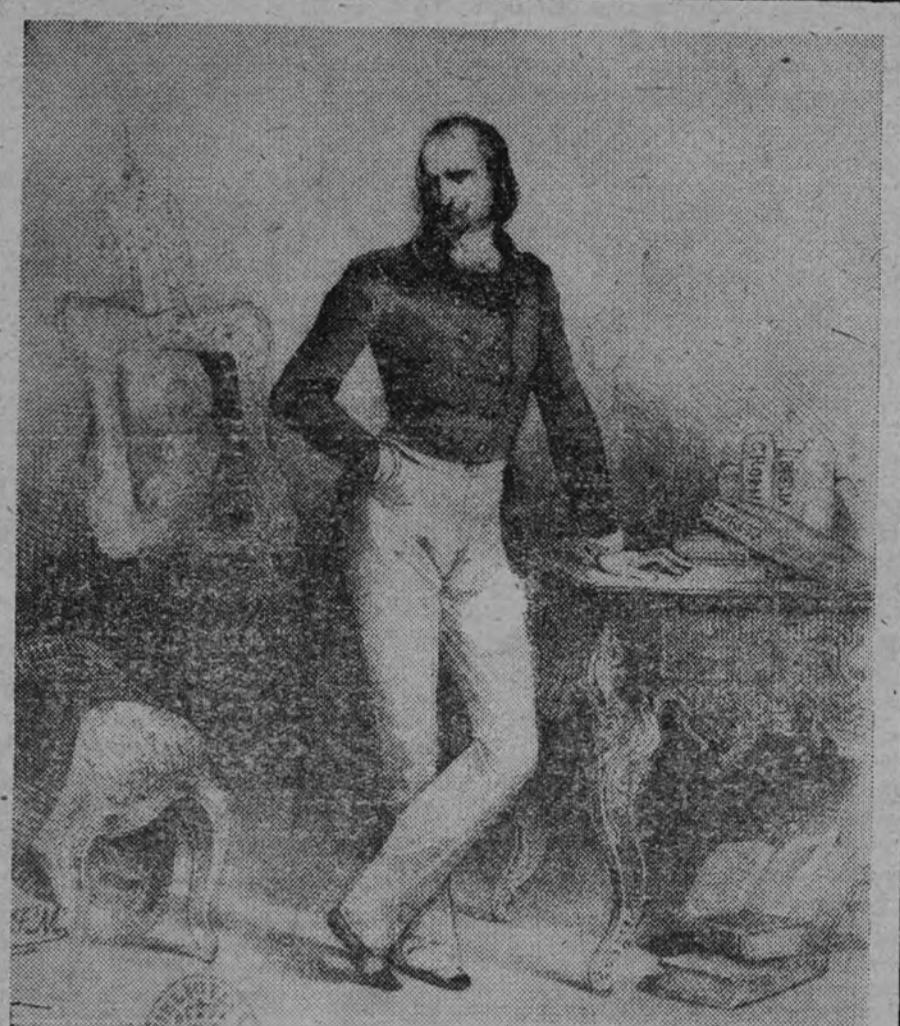
El lenguaje de una época, a través del cual ha de expresarse un poeta, tiene su propio vocabulario, su propia sintaxis y sus imágenes propias. Para entender, pues, a un poeta hay que instalarse en su época. Es evidente, por otra parte, que cuanto más honda sea la poesía, cuanto más rico de expresión el poeta, más perdurará. Incluso un gran poeta puede ser leído en épocas sucesivas y hacer resonar su voz durante siglos, como Homero. Pero entendido, gustado en la plenitud de sus dimensiones y en toda la riqueza de sus reflejos, sólo puede serlo por las gentes de su tiempo. Queda, no obstante, un recurso para recoger con alguna garantía de exactitud el eco de su canto. ¿Cuál? Si no asusta la pedantería del vocablo, diré que ese camino o recurso es la ciencia filológica.

Alguien pudiera pensar que el pasado está ya muerto para nosotros, que en todo caso se habrá incorporado a nosotros como la causa al efecto, o como el movimiento continuamente acelerado está ya en cada momento la aceleración de los

anteriores. Pero esto, sin dejar de ser cierto, no es óbice para que siendo el hombre un ser histórico como es, esté presente en su vida lo que fué, con una cierta corporeidad y realidad, que es precisamente lo que constituye esa su historicidad. Cuando un pueblo o un hombre rompen con su pasado olvidándolo, vienen a caer en un estado de inferioridad o primitivismo, que los asimila al animal o a la planta. Las formas en que esta conciencia del pasado se manifiesta pueden ser diversas: una de ellas, la más típica de nuestro siglo, es el esfuerzo científico que hace la minoría más vigilante de la Humanidad actual para conocer el pasado. Y a esto es a lo que llamamos Filología.

ESPRONCEDA EN SU TIEMPO

Vengamos ya, sin más preámbulos filosóficos, a Espronceda. Sabido es que fué discípulo de Hermosilla y de Lista, dos escritores neoclásicos. En aquel famoso colegio de San Mateo, en casa de don Alberto de Lista, de quien fué discípulo particular, en la Academia del Mirto, cenáculo de imberbes poetillas presidido por la autoridad bonachona y tolerante del propio D. Alberto, aprendió Espronceda la lengua poética de Meléndez, de Cienfuegos, de Quintana y de Jovellanos. También allí leyó y gustó los clásicos del Siglo de Oro, que en sendas antologías divulgaban por aquellos años Estala y el mismo Quintana. ¿Pesaría de tal modo esta educación sobre Espronceda que haría de él un neoclásico más? En modo alguno. Su tiempo no era el de los neoclásicos. Había nacido en 1808, y sus contemporáneos no eran los viejos de pelucas, sino los melenudos románticos. Tan dentro de sí lleva su tiempo, tan auténtico es en él el mal del siglo, que, como Mis-set, tiene que ser precoz para incorporarse a los suyos y ganar esos diez años de retraso con que ha nacido respecto a la gran generación romántica europea. Y con todo, por no haber nacido antes, dará lugar a que la implacable e indiscreta erudición desoybra y subruye las fuentes y los modelos de sus poesías. No, no podrá ser un retrazado literariamente él, que era un poeta de verdad. Pero...



UN ROMANTICO

GRABADO DE "EL ARTISTA", 1834

ESPRONCEDA

Si Espronceda fué un auténtico poeta es, sin duda, porque tuvo algo que decir y porque lo dijo con el acento de su tiempo. Pero Espronceda, a pesar de su fama, fué mucho más respetuoso con las reglas establecidas de lo que pudiera pensarse. Criado y educado en brazos de las musas neoclásicas, entre gentes de indudable buen gusto, que conscientemente recogían la gran herencia literaria de la lengua española, Espronceda pasó al romanticismo por un movimiento natural, diríamos que creció romántico. De todo ello hay huellas abundantes en la obra del poeta.

POESIAS NEOCLASICAS?

Salvo el Pelayo, que sabemos fué comenzado hacia 1825, retocado en 1828 y definitivamente redactado—conocido es, por otra parte, que la obra quedó fragmentaria siempre—en 1834, las poesías más antiguas que poseemos del autor del Diablo Mundo son de 1828. El poeta, ya en Londres, lejos de la férula de sus maestros, sumido en pleno ambiente romántico, siente nacer en él la angustia creadora de belleza. Pero aún su voz es la de un escolar aprovechado. Canta, por ejemplo, la entrada del invierno. También Meléndez había cantado tema semejante. Pero el tema, se dirá, ¿no es romántico? Lo es, en efecto, y también en Meléndez, pero lo que ahora nos interesa es cómo lo ha cantado Espronceda. Escuchémosle:

Oye el pastor, tranquilo en su cabaña, despedirse las aguas a torrentes; oye el viento rugir con brava saña, y al lado de su dulce compañera mira jugar sus niños inocentes en su hogar regalado...

Convencional e idílico naturaleza; convencional e idílico pastor. Todo muy siglo XVIII, muy neoclásico. Mas...

Medita el sabio en sosegada calma, en su triste pacífico retiro, del misero mortal la infausta suerte.

¿Está aquí ya Espronceda? Del misero mortal la infausta suerte. Sin querer pen-

samos en el viejo del Diablo Mundo. Sueña aquí una voz nueva

NOMINA, NUMINA

¿Qué hay en el verso que acabamos de citar que nos haya estremecido, revelándonos una nueva sensibilidad? Simplemente cuatro palabras—dos sustantivos y dos adjetivos—que han sumado sus efectos significativos, creando una atmósfera poética sui generis. Esta atmósfera poética corresponde a una actitud especial del alma humana. A esta actitud nueva del alma humana se ha llamado mal del siglo. Luego veremos en qué consistió. Ahora nos basta haber señalado cómo Espronceda encontró ya en 1828 las palabras reveladoras de la nueva poesía.

Del mismo año de 1828 es el fragmento Salve plateada luna, escrito en sáficos. Brerenton, en su interesante libro sobre las fuentes literarias de Espronceda, ha comparado este fragmento con la poesía del mismo Espronceda A la noche, y con cierto pasaje de El estudiante de Salamanca, para probar la perduración de temas e imágenes neoclásicas, aun en las poesías más exaltadamente románticas de nuestro poeta. Esto es verdad, pero es también interesante para nosotros ver cómo este fragmento nos presenta a Espronceda recordando no ya a sus maestros inmediatos, sino a los poetas clásicos del habla española. Dice Villegas en sus conocidos versos:

Dulce vecino de la verde selva, huésped eterno del abri florido, vital aliento de la madre Venus céfiro blando si de mis ansias el amor supiste, tú, que las quejas de mi voz llevaste, oye, no temas y a mi ninfa dile, dile que muero.

Y Espronceda:

Dile a mi vida que su amado ausente misero muere si, en desdicha tanta, a este repuesto sosegado bosque dulce no vuelve. Dulce jugando con sonantes alas céfiro flébil.



EL PASTOR CLASIQUINO

DIBUJO PUBLICADO EN "EL ARTISTA", EN 1834, ILUSTRANDO UN ARTICULO DE ESPRONCEDA COMBATIENDO A LOS CLASIQUISTAS

Villegas:

Filis, un tiempo mi dolor lloraba;
quisome un tiempo, mas agora temo,
temo tus iras.

Y Espronceda:

Mas ora gimo e incesante lloro
vierto, escuchando el agorero canto
del buho triste, que en algún sepulcro
misero, canta.

Si, hay mucho de Villegas en estos sá-
ficos de Espronceda; pero ¡ese agorero y
triste buho! ¡ese sepulcro! El poeta va a
utilizar ciertas palabras con preferencia a
otros, también ciertas imágenes. En 1829,
en el romance citado. A la noche se
dice asimismo:

Dej mustio agorero buho.

Y no es que el buho no entrara en la
poesía neoclásica formando parte, por así
decirlo, de su fauna, sino que entraba con
otros vocablos. Tal vez necesitaba ir
acompañado de dístros personajes. Don
Alberto de Lista, por ejemplo, en su oda
A la Luna lo menciona de este modo:

Y al aire dando las nocturnas alas,
con hórrido graznido,
los bosques llena el ave grata a Palas.

LA RUPTURA

A fines de 1833, la amnistía dada por
Fernando VII trajo el gran alud de los
emigrados españoles a su Patria. Con
ellos volvió Espronceda. Los seis o siete
años que Espronceda había vivido en
Londres y en París le habían madurado
poéticamente. Ha leído a Byron, a Hugo,
a Barbier, a Walter Scott. También ha
leído y meditado a otros grandes escri-
tores: a Voltaire, a Ariosto, y, sobre todo
a Tasso. El tránsito a la nueva atmósfera
poética se ha realizado. No es que él, y
con él otros que no hay para qué citar
aquí, importe un nuevo arte aprendido en
tierras y lugares extraños, sino que en él
ha brotado lo que ya llevaba dentro. Pero
ha brotado a favor de un medio propicio.
Su ruptura con los viejos maestros es
consecuencia natural de su nuevo credo
poético. Y esta ruptura se hizo, incluso,
públicamente. En un momento de juvenil
desenfado llegó Espronceda a satirizar
despiadadamente a su viejo maestro Her-
mosilla. En El Artista, en 1835, publicaba
su sátira Espronceda titulada "El pastor
Clasiquino". Comenzaba así: "Y estaba el
pastor Clasiquino, sencillito y cándido, re-
cordando los amores de su ingrata Clori,
en un valle pacífico, al margen de un
arroyuelo cristalino..."

LO TITÁNICO

Al subrayar las diferencias no hay que
olvidar las semejanzas. El Romanticismo
es una revolución poética, pero no una



D. ALBERTO LISTA

catástrofe. Y digo esto a despecho de las
etimologías. El andamiaje de palabras e
imágenes que venían usándose desde el
Renacimiento, había perdido su eficacia
expresiva en boca de los pastores clasi-
quinos. Pero no podía perderse en su to-
talidad, pues constituyen un fatum de
toda la expresividad lingüística europea,
no de una sola época. Lo que sucede es,
sencillamente, que imágenes y vocabula-
rio sufrían un reajuste a la nueva ac-
titud humana—por lo tanto, poética—
que venía fomentándose de siglos atrás,
pero que ahora estallaba potente y afro-
lladora. Esta actitud es la titánica. Para
entender en qué consista, nada más erro-
neo que confundirla con una ideología
compuesta de derechos del hombre, amor
a la libertad o espíritu humanitario, como
hace el Sr. Brerenton, ya mencionado. El
titánismo es algo más hondo y decisivo.

Es una rebeldía metafísica, radical. Es la
rebeldía del Prometeo, de Goethe, frente a
los dioses. Es la rebeldía de esos hombres
formados a imagen y semejanza de los
titanes, para sufrir y llorar, para gozar y
alegrarse, mas no para reverenciar hu-
millados a los dioses. He aquí el núcleo
de la actitud romántica. Y el mal del si-
glo, la incurable melancolía del románti-
co, aquí tiene su raíz. Y todo lo demás
que hay en el romanticismo es anécdota,
pintoresquismo, o tal vez desesperado es-
fuerzo por querer evitar lo inevitable.
Cuando un hombre de la interna debili-
dad de un D. Juan Valera—y de su falta
de valor vital—se enfrenta con Espronce-
da—romántico titán—huye el bulto y sale
del paso llamándose hipócrita. "Un de-
fecto del romanticismo español—dice
Valera—es la hipocresía, porque finge la
fe que no tiene." En el fondo, hubiera

querido Valera que Espronceda hubiera
sido un buen chico que hiciera literatura
nada más.

En el Himno al Sol, que es la primera
gran poesía de la antología esproncediana,
el poeta poetiza dos sentimientos típica-
mente románticos. La indiferencia de la
naturaleza y soledad del hombre y la
caducidad de todo lo existente.

Y otra vez nuevos siglos
viste llegar, huir, desvanecerse
en remolino eterno, cual las olas
llegan, se agolpan y huyen del Océano,
y tornan otra vez a sucederse:
mientras inmutable tú, solo y radiante,
¡oh, Sol!, siempre te elevas,
y edades mil y mil huellas triunfante.

En la idea cristiana todas las criaturas
encuentran la salvación precisamente en
su limitación y en su propia naturaleza
de criaturas, en cuanto hay siempre en
ellas una referencia al Creador y al Pa-
dre. Pero faltando la referencia a la Di-
vidad salvadora, la Naturaleza, como el
hombre, está llamada a perecer inevita-
blemente. Podrá el hombre, consciente de
su trágico destino, mantenerse en pie
merced a su orgullo titánico, inconso-
lable e inconsolado. Y, tal vez, sin que él mis-
mo pida consuelo. Pero este es precisa-
mente el mal del siglo, éste es el senti-
miento que cuando se hace insostenible
arranca ironías a la musa de Byron y sar-
casmos—¡que haya un cadáver más, qué
importa al mundo!—a la de Espronceda.

Goza tu juventud y tu hermosura,
¡oh, Sol!, que cuando el pavoroso día
llegue, que el orbe estalle y se desprenda
de la potente mano
del Padre soberano,
y allá a la eternidad también descienda,
deshecho en mil pedazos, destrozado,
y en pléyagos de fuego
envuelto para siempre y sepultado;
de cien tormentas al horrible estruendo,
en tinieblas sin fin tu llama pura
entonces morirá: noche sombría
cubrirá eterna la celeste cumbre:
ni aún quedará reliquia de tu hombre!!!

Si, el hombre está solo, es perecedero;
pero el Sol, el Astro Rey, también se
hundirá para siempre en el abismo. ¿Y
después? ¿Hay acaso después? A este
punto llegó el hombre romántico. Pero
esta actitud es tan insostenible, tan in-
humana, que no es fácil mantenerse en
ella. Pero es esta cuestión nueva, que
podríamos llamar de la crisis del ro-
manticismo. ¿Cuando murió Espron-
ceda, triunfaban en él ya intereses in-
compatibles con los desgarradores acen-
tos del canto a Teresa? Tal vez. Pero si
Espronceda hubiera dejado de ser ro-
mántico, hubiera sido menos de lo que
fue. Hablamos del poeta. Del hombre,
¿quién puede juzgar?

Manuel CARDENAL DE YRACHETA
Mayo, 1942.

Espronceda en el amor

(Viene de la página 9.)

ficar en endecasílabos la estentórea catás-
trofe de su amor vitando. La propaganda
romántica de su vida ha cubierto los ob-
jetivos de todas las consignas indeclinables.
Espronceda puede ser ya el héroe de carne
y hueso que personifique la desolación
frente al amor que el "mal del siglo" es-
tatuye como dogmática del tiempo.

Mientras tanto, José de Espronceda,
cantor de moda, puede estrechar entre sus
brazos de pecador convencionalmente hun-
dido en el hastío, a todas las Jarifas, bien
o mal pagadas, de las orgías tristes, em-
palagosas y rutinarias. Sus caricias mere-
cerán también los versos del poeta, unos
versos de retórica ceniza, apretados por la
declamación de la invectiva:

¡Siempre igual! Necias mujeres,
Inventad otras caricias,
Otro mundo, otras delicias,
O maldito sea el placer,

apostrofará con ahogo de gozador irreme-
diable. Y en su decir dejará envuelta la
neblina de su espíritu.

Pero el poeta es un "dandy". De su
rodar por Europa también esto le ha que-
dado. Y doña Carmen Osorio puede po-

ner a sus amores un sello de mundanidad,
que no acompaña a las Jarifas ni a la
arrebataadora y maldicida Teresa. Espron-
ceda no puede perder naipe, o se vendrá
abajo el tablado de su romántica propa-
ganda. Siempre en escena, sus amores son
declamación ininterrumpida, máscara que
se hace rostro, quejumbre que sintonice
con todos los espíritus que ansían amar
cantando con estrofas martilleantes.

Pero todo asunto tiene su moraleja, y
a éste de los amores esproncedianos le
acompaña un estrambote que parece ilus-
tración de folletín. Cuando Espronceda,
triunfador y aureolado, quiere convertir
sus pasiones en dulce suavidad conyugal y
crear penumbras hogareñas junto a Ber-
narda de Beruete, la muerte—con guada-
ña de garrotillo—se lo lleva. Es a Ber-
narda, entonces, a la que toca agitar las
ramas secas de los lirios y desahogados
apóstrofes del autor del "Estudiante de
Salamanca". La muerte ha hecho imposi-
ble al poeta desmentir su leyenda de dia-
bólico amante, de escandaloso fatigado,
de cínico exhibicionista de sus sentimientos.

El romanticismo— como todo en la His-
toria—se ha vengado en su propia carne.

JOSE MARIA ALFARO

(Dibujo de Pedro Bueno)

Espronceda: la vida del poeta

(Viene de la página 8)

sus agravios", el 23 de septiembre del
año 1833, en el teatro del Príncipe. La
comedia aquella fue criticada benévola-
mente por Larra; el drama tuvo que ha-
llar algún amigo personal del autor pa-
ra que se disimulase su inconsciencia.
Aún dejó, además, una obra sin repre-
sentar: "Doña Blanca de Borbón", de la
que Philip H. Churchman hizo una edi-
ción crítica en 1907 en la "Revue His-
panique". Esta tragedia es curiosa como
fusión de la retórica a lo Lista, con un
fuego dramático de abolengo shakespeare-
ano interpretado ya románticamente.

Entre tanto, Espronceda seguía la lí-
nea de la historia patria, tan contradic-
toria y enredada en toda esta época:
conspiraciones, prisiones, libertad, versos
satíricos, quejas del desterrado. Es típica
de todo el carácter de Espronceda una
carta escrita desde Guadarrama a don
Balbino Cortés: "Es imposible te formes
una idea exacta de mi situación: mi al-
ma está ya fatigada de sufrir, y mi bol-
sillo, asaz descansado de dinero. Si hu-
biera verdaderos patriotas en España,
¿cómo no habrían de interesarse por un
hombre tan injustamente atropellado y
que tantas pruebas ha dado de liberal?"
Entre los pronunciamientos y revueltas
que se acumulan en los últimos años de
Espronceda, le vemos de miliciano en
Madrid, de defensor del periódico "El
Huracán", acusada de subversivo, en cu-
yo informe "se glorió de pertenecer a la
misma comunidad republicana"; y por
último, "secretario de la Legación de Es-
paña en los Países Bajos", al fin de 1841,
tomando posesión el 29 de enero del si-
guiente año, y volviendo a Madrid poco
después. Había sido elegido diputado por
Almería al propio tiempo, y en su bre-
ve actuación en el Parlamento, apareció

no como el exaltado revolucionario de
antes, sino, acaso adivinando su muerte,
en una apaciguada actitud de "progre-
sista moderado".

Espronceda muere, de una inflamación
en la laringe, el 23 de mayo de 1842,
dejando una vida rota y una obra in-
acabada. Fue enterrado con frac negro,
y, en un periódico coetáneo, se dice que
sus amigos, al darle tierra, vieron su
semblante tan triste, tan pálido como
cuando vivía. El poeta Enrique Gil le
cantó con entusiasmo, en versos bellos y
sonoros:

"Tus claros ojos
no lanzan ya celestes resplandores...
En las ramas del sauce de tu tumba
el arpa enmudeció de los amores,
y de tu noche en el silencio y calma
¡trémula y dolorida el aura zumbó!...
Y yo te canto, pájaro perdido,
yo a quien tu amor en tus potentes alas
sacó de las tinieblas del desierto...
¿Qué tengo yo para adornar tu tumba?
Flores de soledad, llanto del alma..."

La prometida del vate, doña Bernarda
de Beruete, permaneció soltera, fiel a su
amor al romántico malogrado. "Vistió
siempre de luto—dice un contemporá-
neo—, y mientras vivió, nunca faltaron
frescas flores en el sepulcro de Espron-
ceda."

He aquí una estampa típica de época,
como lo fue Espronceda, en lo literario y
en lo ideológico. Más que el "furibundo
desequilibrado" de la leyenda, el autor
de "El estudiante de Salamanca" fue un
niño mimado, un "poseur" de la revo-
lución y la desesperación, de lo irreligio-
so y lo antisocial, que vivió como un ni-
ño grande y murió de una enfermedad
de niño.

ANGEL BALBUENA PRAT

(Dibujo de Pedro Bueno)

DIA TRAS DIA

Por LEOPOLDO PANERO

¿QUE queda en la poesía de Espronceda de su vida hecha sueño, eterno y verdadero sueño de hombre? ¿Qué permanece en su palabra de su corazón? ¿Cómo sentimos y vemos su imagen entrañable a través del silencio y la paz que ha ido depositando el tiempo mansamente, día tras día, desde hace exactamente un siglo, en esta poesía tan duraderamente misteriosa e inacabada? Viven las creaciones imaginativas del hombre, cuando lo son de verdad y como si dijéramos hasta la médula de los huesos, vida propia y sustantiva.

Viven las obras espirituales del hombre, y medran o descaecen, en la triste anchura del tiempo que a todos nos lleva y nos cambia. Es sobremanera esencial este cambio y sucesivo despliegue de la palabra creadora, que no acaba nunca y se transforma como nosotros mismos a cada instante, cegándose o desnudándose internamente en la viva hondura de nuestra conciencia. Nos sentimos por eso cerca unas veces y lejos otras de terminados seres y cosas. Convivimos con las obras de arte, y a través de ellas con el hombre que las dio forma, o no alcanzamos a comprender íntimamente el secreto de su alma. ¿Con qué voz nos habla y qué consuelo nos trae en esta hora la poesía insegura, íntimamente disociada, negativa en gran parte, del gran poeta romántico? Porque, sin duda alguna, y nos interesa afirmarlo así previamente, es Espronceda el más grande poeta romántico español. Su irrupción genial en nuestra literatura va a determinar decisivamente el curso de la poesía castellana y a transir mágicamente la voz de cuantos poetas le siguen y le continúan. Desde el punto de mira histórico-literario su valor es egregio y genuino. Sin él sería incomprendible el posterior desarrollo y enriquecimiento estético de nuestra mejor poesía.

Pero ahora nos preguntamos simplemente el grado de vigencia espiritual que para nosotros conserva su obra. La poesía lírica brota del suelo de cada época y se alimenta de sus angustias y de sus afanes, al par que ella, y obedeciendo a una ley idéntica, la sensibilidad intensamente creadora del lector de poesía, se nutre y vivifica en esa misma tierra sobre que diariamente nos sentimos vivir y morir. Por esa razón, porque necesitamos buscar un regazo de quietud y de esperanza donde descansar de nuestro dolor, la poesía turbulenta y desengañada de Espronceda nos es hoy más ajena que nunca. Queremos encontrar en la poesía, como en la amistad, un poco de esa paz y ese sosiego que tan rudamente nos falta; un mínimo de suavidad y de dulzura que nos ayude y nos levante silenciosamente hacia sí. ¿Qué cobijo nos ofrece la poesía de Espronceda? ¿Qué mensaje nos brinda?

Hay poesías tan sustantivamente ricas y humanas, que en cualquier circunstancia que nos acerquemos a ellas, día tras día, siempre, sabemos que hemos de encontrarlas abiertas de par en par a nuestro corazón en el siglo y el misterio de su más invisible hermosura; poesías en definitiva religiosas, sea cual fuere el inmediato contenido de su cántico, en cuanto el temblor de la palabra responde a esa pregunta esencial del hombre frente a la esperanza de incertidumbre de su destino. La poesía de Espronceda no pertenece a esa clase más que en medida por demás escasa. Está más históricamente, es decir, más efímeramente vinculada a su tiempo. Hay en ella más sinceridad que verdad. Late en su entraña el desasosiego, la acerbidad, la íntima amargura de un espíritu en crisis. Su escepticismo y su ironía nos hacen daño hasta donde pueden calar en nuestra alma y mientras son todavía armas que sentimos esgrimidas, y desnudas, contra la unidad de nuestro corazón. Si venciendo nues-

tro despegó tratamos de penetrar más hondamente en la obra de Espronceda y de buscar en ella una gota de agua pura y viva para nuestra sed, vemos en seguida reducirse a muy estrechos límites el ámbito de amor verdadero que cierra su verso.

Intentemos amorosamente acercarnos a su poesía, y, más allá de ella, a la vida, a la pobre vida mortal cortada en flor el 23 de mayo de 1842. ¿Qué queda de su efímera vida en su poesía? Todo lo que la vida de Espronceda tiene de leyenda, de mito romántico, de envagüecimiento silencioso del contorno de su alma, ha brotado directamente de su poesía, y es obra de ella y nuestra. En cierto sentido podemos decir que la mejor leyenda de Espronceda la hemos vivido quizá más auténticamente que él nosotros mismos. La vivimos hace años; hace muchos años ya: quince o veinte. De entonces a acá todo ha cambiado extrañamente. Las palabras mismas no tienen ya el mismo sentido que entonces tenían. Si oyésemos hablar a alguien como entonces nos expresábamos nosotros, apenas le comprenderíamos. Todo ha cambiado extrañamente. Día tras día, sin que nos diéramos clara cuenta de ello, sentimos que todo es distinto, siendo, como es, lo mismo. Todo ha cambiado, y para siempre, en el fondo de nuestro corazón. Pero no: algo ha quedado, algo ha permanecido indeleble, tristemente luminoso, como el fondo de un espejo vacío, del que se ha ido borrando lentamente, día tras día, el azogue que llenaba de pálida hermosura el recinto de aquella casa de la calle del Lobo. Algo perdura levemente, como el aroma de aquellas flores delicadamente puestas sobre el piano por una mano femenina. Algo permanece, transparente de tristeza, como el fondo de un espejo en el que nos miramos de jóvenes, en el que nos vimos vivir de niños y en el que ahora nos contemplamos y apenas nos reconocemos. Como hay un extraño silencio en la habitación, oímos perfectamente el ruido disperso de los coches que ruedan por la ciudad y las voces distantes de los transeúntes. Los balcones están abiertos y entran por ellos una claridad que nos envuelve melancólicamente. Si nos asomásemos veríamos las calles de Madrid, las calles desamparadas, silenciosas y desiertas del Madrid romántico. La calle de la Greda—hoy de Los Madrazo—, donde murió, tal día como hoy, José Espronceda. Si nos asomásemos veríamos cerca de allí la fronda trémula,

levemente desparramada, de los jardines del Buen Retiro. Son exactamente las nueve de la mañana. Acaba de morir Espronceda, rodeado por un grupo de amigos, entre los que se cuentan Jacinto Salas Quiroga y Enrique Gil y Carrasco. Si nos asomásemos al fondo de ese espejo veríamos a Espronceda tal como entonces le vimos a través de nuestra sensibilidad adolescente, trémula todavía de niñez, ávida de vaguedad y ensoñación romántica. Sí; nuestra visión de Espronceda ha brotado directamente de su poesía; más concretamente aún, ha nacido del "Canto a Teresa", de la elegía amarga, deshabitada y dolida en que cifró el poeta lo mejor y lo peor de su alma. Si contrastamos la vida y la obra de Espronceda sentimos un escalofrío de incertidumbre y de tristeza. ¿Cómo fue en el fondo esa vida? Conocemos minuciosamente su desarrollo, su biografía exterior. Pero cuando sabemos todos los pequeños y grandes detalles de esta existencia aventurada, comprendemos que no hemos apresado todavía nada; sentimos que lo fundamental se nos ha escapado, ha huido entre nuestras manos como una sombra, dejándonos vacías para siempre. ¿Cómo era Espronceda por dentro? ¿Cómo era el hombre que así, tan amarga y solterradamente unas veces, tan aérea y luminosamente otras, canta ensoñadora y vindicativamente, en un doble plano de pureza y resentimiento, el amor huido para siempre? ¿Tenía Espronceda verdadera intimidad espiritual, ese misterio comunicativo, ese alado estremecimiento de las almas que se dan en el silencio y se ensanchan en la soledad? ¿Ponía verdaderamente en su verso el noble pathos humano, la desnuda verdad hondamente vivida, que tan inequívocamente nos ofrece, por ejemplo, Garcilaso, en sus sonetos de amor? Hay que tener en cuenta que precisamente eso, la expresión de la libertad sentimental, el anhelo de desnudez apasionada, la máxima sinceridad y transparencia de la intimidad humana, es lo que teóricamente constituye la esencia del poeta y de la poesía romántica. Pues bien: en ese sentido no nos cabe duda de que Garcilaso poseía una honda, hondísima intimidad espiritual y sentimental; y más cerca de Espronceda, Bécquer nos produce idéntico efecto. Es como si tuviéramos fe en ellos, como si les creyéramos a pies juntillas desde su poesía y nos sintiéramos convencidos por su palabra de lo más

arcano de su alma. Este convencimiento esperanzado y entrañado nos lo comunica raras veces la poesía de Espronceda. La primera parte del "Canto a Teresa" y otros dos o tres breves instantes del Canto I del "Diablo Mundo" son excepcionales en su obra. El poema a Jarifa es, sin embargo, probablemente, el más auténtico y revelador de toda su poesía. Vemos allí, de cuerpo entero, a Espronceda; desengañado y desesperanzado, pero conmovedoramente humano y tristemente dolorido en su soledad.

A través de su biografía la personalidad de José Espronceda tiene escasa grandeza; su poesía tampoco nos comunica su corazón. ¿Qué hace, pues, de él una figura egregia y genuina en la historia de nuestra literatura? Sólo una dimensión genial tiene su poesía: lo que, un poco extremadamente, ha llamado Alfonso Reyes silabización garcilasiana de su verso; es decir, el íntimo sonido, la música interior de la palabra, que se había perdido a través del barroquismo y del neoclasicismo, y que él encuentra o inventa de nuevo: esa etérea calidad, esa flúida y silente ordenación rítmica, tan profundamente expresiva y diáfana, tan hondamente suscitadora y comunicativa. El "Canto a Teresa" es buen ejemplo de ello. Hasta Espronceda había sido la octava real instrumento perfecto de la poesía épiconarrativa. En manos de Espronceda se trueca en algo absolutamente nuevo, gracias a ese alado don, ese don de las hadas de la poesía, que comunica al lenguaje humano tamaña virtualidad y expresividad, tan poderoso acento de belleza, tan íntimo y rico son de materia espiritual. Es la música en que se descifra y desvela la armonía más honda del ser la virtud suprema del "Canto a Teresa" y, en general, de la obra lírica de Espronceda. Siempre habrá quien diga y afirme, como D. Miguel de Unamuno, que "algo que no es música es la poesía"; o lo contrario, y ambos tendrán razón.

Desde el albor adolescente de su poesía, cuando aun está su palabra inmediatamente influida por Quintana y Lista, hay algo en la voz de Espronceda que le separa ya de ellos y que traslada a algunas estrofas del "Pelayo" esa levedad y soplo de la gracia que, afirmándose y revelándose con maravillosa intensidad en el "Diablo Mundo", logra estremecernos todavía hoy y cautivarnos, a pesar de la distancia que espiritualmente nos separa de su creador. Después de la marmórea frialdad y rigidez del estro neoclásico, la poesía de Espronceda parece que confiere libertad a las palabras y que las lleva al límite de su sentido al mismo tiempo que las liga y sujeta en la armonía y concierto de las estrofas, o que las adapta rítmicamente a la naturaleza y diversidad temática de su inspiración. Vemos, pues, que más que una liberación romántica del corazón y del espíritu, lo que Espronceda hace es llenar de savia nueva el viejo y tembloroso árbol de la palabra poética castellana. Conviene, pues, que nos olvidemos un poco de la significación y de la resonancia espectral y romántica que el nombre de Espronceda despierta en nosotros y en nuestra imaginación para penetrar más íntima y exactamente en el misterio de su poesía y valorar desde su palabra, más y mejor que desde su corazón, esa "popularidad" sentimental tan misteriosamente duradera, que, según expresión de doña Emilia Pardo Bazán, goza y gozará seguramente siempre Espronceda. Día tras día, desde hace justamente un siglo, ha mantenido esta poesía su fresca juventud, por la gracia de Dios, por la gracia que Dios puso en el verbo, desvelado de armonía y enajenado de suavidad y de hermosura, del poeta que, callado para siempre, canta todavía estremecidamente en nuestros oídos y nos enamora por la pura virtud de su canción.



BYRON, LA CANCIÓN DEL PIRATA Y LA ESPAÑOLIDAD DE ESPRONCEDA

POR

Pedro Murlane Michelena



A la sombra de un árbol al que mil vendavales no han abatido, árbol diez veces secular, releemos "La canción del Pirata", de nuestro José de Espronceda. Es el árbol genealógico de lord Byron, que reverdece todavía como en el viejo tiempo. Normandos son, e hijos de la mar, los abuelos del poeta anteriores a Guillermo el Conquistador. A piratas de su sangre alude el Comodoro Byron al narrar un periplo con más trancés que el de Ulises. Cautivo en el Estrecho de Magallanes, este navegante pasó de manos de patagones a manos españolas, de las que pudo evadirse para zarpar con rumbo a su finis-terre en un barco filibustero que recrujía por las cuadernas con el toser de un cañón asmático que tomaba el sol a popa. En un segundo viaje estuvo el Comodoro en la Tierra de Fuego, en las islas Falkland y en las de los Mul-graves, a las que dió su nombre. "A la sala de los trofeos de mi castillo—decía—he llevado un hacha de abordaje y una trenza real."

Tenían los Byron en el siglo XIV y en el XV, en los puertos de Cornuailles, parientes que aviaban navíos para el corso. No eran de los que preferían, como cierto español, arder dando alaridos en el que, madero a derretirse de hastío en el serrallo. No eran tampoco de los que rindiendo como los "condottieri" batallas de sol a sol envejecían lentamente entre el peto y el espaldar. Ni lo uno ni lo otro, o lo uno y lo otro. Saint Ives era la Capua de los que volvían con botín y con la cabeza sobre los hombros. A la ciudad de los corsarios bien curtidos de soles y de vientos se acogían para pecar con los cinco sentidos. Sabían ciertamente jugar y perder en el piélago, como jugar y ganar en tierra firme. Que los moralistas del siglo XIX no nos interrumpían, ni los cuáqueros de la voz gangosa, ni los puritanos, ni los tartufos. Llevan, eso sí, la razón, pero muchos de ellos, sin moverse, han ordenado California, al socaire de las furias marinas. No han conocido el riesgo ni el gran viento de las pasiones que condenan y que salvan. En Saint Ives, las muchachas más joviales del Oeste querían darse la mano con muchachas de otros países para ro-dear en un gran corro al mundo. Coplas lo dicen, y las coplas no mienten ni se arrepienten. Para solaz de su brío los corsarios de Saint Ives rondaban la ronda y ellas tocaron a somatén. Coplas lo dicen:

Shun the bustle of the bay
Hasten Virgins come away
Hasten to the mountains brow
Leave. O leave Saint Ives below

(Dejad el tumulto del puerto,—salid de prisa, Virgines, fuera,—Corred pronto a



la montaña.—Dejad, ¡oh!, dejad Saint Ives, abajo.)

Hay, por cierto, entre los versos de esta canción, que echan al aire todavía a marineros de Hastings, de Winchelsea o de Doves, en tabernas de puerto, al son de acordeones de los que un pulmón es francés y el otro alemán, hay uno en que el romanticismo está sonando antes de que los padres del falso Ossian, o de Young, o de Pope, o de Florian, o de Byron, o de Lamartine, o de Espronceda se hayan presentado:

"Fly the splendid midnight halls"

(Huid de los fascinantes salones de media noche.)

Del panal de miel en la boca del león nos habla la Escritura, y este verso en la

do, empenachar el gorro de dormir, que es lo que hacen los pueblos a los que la vida sedentaria enmohece. ¿Que estas paradojas han perdido la fulguración que tenían en la era romántica? Pues sí, y si había un Código de honor entre los aventureros del mar, otro había que les col-gaba de una antena en su propio navio. Pero no de moral, sino de poesía tratan. mos, y el viento que puebla con su rumor el árbol genealógico de Byron sopla donde quiere, y no hay doctor en cuatro Facultades que le eche un lazo.

Hemos sugerido, claro está, que el corsario de Byron es anterior al pirata de Espronceda, como lo es a "La fregate La Sericuse", de Alfredo de Vigny... El byronismo se le ha disuelto a Espronceda en la sangre, y es además, y es mirada al mundo, más que idiosa... "Espronceda—ha escrito Menéndez y Pelayo—entra



Aquí la hipérbole es española de arriba a abajo, como es español el modo de encastillar la cabeza y de decir: "A lo hecho, pecho..." Así la encastilla Don Juan, el español, el de tierra de potros y toradas, al entrar en el Infierno. El Don Juan de Byron, como el Pirata, son Byron encadenado a sí mismo. Nuestro Don Juan anega a su autor en el torrente de vida que engendra, mientras pone en duelo a las fuerzas del cielo con las del averno.

El Pirata de Espronceda, aunque byroniano, suelta las ligaduras que le atan a su inventor, y es, como Don Juan, una orgía de libre albedrío campando en el mundo:

"Allí muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra,
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie puso leyes."

Este es un pirata español, a quien Tirso, el del "Condenado por desconfiado", puede hasta salvar, aunque no salvara a Don Juan. (El punto de contricción de Zorrilla, que es un ne-elibata y un atorrante, que baila bien su gran trompo de música, no sirve. Zorrilla perdona a su héroe porque no es teólogo, pero no puede Tirso, que lo era, no le perdonó, porque tampoco podía.)

"Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por pérdida
ya la di
cuando el yugo
del esclavo
como un bravo
sacudi..."

Cuando Byron muere en Missolonghi, Espronceda tiene diez y seis años. Es, quizá, el acontecimiento de su época que más le deslumbra, como Don Antonio Ros, su amigo, ha cantado. Data de entonces ese byronismo que "La canción del Pirata" refleja, aunque el espejo sea de aguas y de luces conceptuosamente españolas.

Por lo demás, leer "La canción del Pirata" a la sombra del árbol genealógico de Byron, que reverdece todavía y nos presta su rumor, es bueno. Porque es un modo de ver cómo Espronceda se manumite de Byron y cómo el Pirata se manumite de Espronceda y de sí mismo y mueve, como los grandes héroes españoles, guerra redonda al mundo.



Ilustración de "La canción del pirata", que acompañaba la publicación del poema en las páginas de "El Artista"

de un pirata cuando sesteá, es capitosa, mente melodiosa:

"Fly the splendid midnight halls,
Fly the revers of her balls."

Conocemos una canción provenzal que sitúa salones de piratas en la media noche de Creta, ciudadela y bastión del Archipiélago. Para los siete mares sirve, ya que en los siete se hizo el corso alguna vez. Creta ha albergado cien veces las galeras del pirata o del corso, cuando el bandolerismo del mar ponía aureola a sus presas, sujetando a reglas de honor el abordaje y el saqueo. Drake, como antes la Dama de Olisón o Hawley o Pay, hacía suyos los mandamientos de oro de la Orden de Caballería de San Jorge. En una carta que es una orden del día a las naves que trabajan para él, llama al reparto de botín "donación de trofeos y preseas. Este modo de ennoblecer la fechoría ha trascendido a otros órdenes de la actividad y del comercio humano y ha trascendido dondequiera. La vida es dura y entrevera así sus estímulos. Peor es, después de to-

alguna vez por las obras ajenas; pero entra como conquistador y como rey." O como el corsario de la gran especie que acata las reglas de oro de la Caballería y devuelve más de lo que toma. Lord Byron es el corsario, como Childe, Harould, Gland, Lara, Manfredo, Sarda, nápolo, Caín, y hasta su Tasso y su Dante son lord Byron. Bajo otros cielos, en otras latitudes, con otros usos y otras vestiduras, lord Byron, que vive en sí, para sí, de sí y tras de sí, no sale de sí. Espronceda, aunque actor y espectador de sí mismo en el gran teatro del mundo, se da más generosamente que Byron a los otros. Del byronismo de Espronceda nos gusta el tono que lo mitiga y hasta lo encubre:

"Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies."



Sobre el romanticismo de Espronceda

(Viene de la página 4)

sión más que a la acción, aunque aquella se desarrolle con rapidez cinematográfica. Pensemos en el teatro y los romances del duque de Rivas, y pensemos en Bécquer y en Espronceda. Las descripciones de éste son verdaderos cuadros, son siempre completas en el sentido pictórico: hay perfiles, color, luces y sombras. Pensemos en las abigarradas y dinámicas descripciones del "Pelayo"; en los nocturnos de "El estudiante de Salamanca", donde sabe conseguir el efecto de toque luminoso e hiriente, como el brillo de la espada de don Félix al pasar junto a la imagen de Jesús. En "El Pelayo" y "El Diablo Mundo" se llega a veces a ricos y finos efectos de color, de armonías y contrastes, que hacen pensar en la poesía andaluza de Herrera, de Ríja y de los culteranos, y que nos explica, en parte, el influjo de Lista. Veamos si no este trozo del Canto III del segundo de los citados poemas:

Coloraba en Oriente
El sol resplandeciente
Los campos de zafir con rayos de oro,
Y su rico tesoro
De faldellín de plata derramaba
La aurora y esmaltaba
La esmeralda del prado con mil flores.

Pero lo más característico de Espronceda no es sólo esta objetividad, sino la coincidencia de lo visual con lo auditivo. Sus cuadros tienen siempre un acompañamiento sonoro, algo paralelo a lo que ocurre en la obra de Bécquer, aunque en éste predomina sobre todo la sonoridad suave con tendencia a lo musical, en vez de las notas ruidosas que son frecuentes en Espronceda, quien llega a lo hiriente del grito y del chirrido y a lo atronador y retumbante. Recordemos como ejemplo de esa juxtaposición de sensaciones las descripciones antes citadas de "El estudiante de Salamanca" o la siguiente estrofa, que escogemos un poco al azar, de "El Pelayo":

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,
Las densas nubes agitando, ondean
Con sus olas los genios del profundo,
Que con cárdeno surco centellean;
Y al ronco trueno, al eco tremebundo,
De los opuestos vientos que pelean,
Se oye la voz de la celeste saña:
¡Ay, Rodrigo infeliz! ¡Ay, triste España!

Ese efecto impresionante del grito que hace sobrecoger el ánimo ante la escena alcanza su expresión definitiva en "El reo de muerte"; en aquel "fatídico grito", tan atinadísimo, a juicio de Larra, que ahogando el vocerío orgiástico, irrumpe en la angustiosa tristeza de la "entumecida capilla".

Se ha aludido alguna vez a la distinta manera de reaccionar del romántico en su inadaptación a la circunstancia. La naturaleza podrá fundirse y penetrarse del

espíritu del poeta y hasta hacerse cómplice, testigo o confidente de su problema sentimental; por esto gustará del paisaje en soledad. Pero la realidad humana es algo frío e inquebrantable a la proyección del concepto ideal de vida que concibe su "yo". De aquí el choque y la reacción del romántico; en un Larra será acritud, sátira y negación. Su posición será de observador, y como final, el pistoletazo. Bécquer, aunque deshecho por el dolor, con dignidad y gesto contenido, como buen andaluz, sin exhibir miserias ni gritar protestando, se apartará silencioso al rincón, al ángulo en penumbra. Este será su constante punto de vista, lo mismo cuando lleno de ansias de genialidad se siente como el arpa "del salón en el ángulo oscuro", que cuando pensando sólo en la muerte se acerca, "en la imponente nave del templo bizantino... al ángulo sombrío", a ver la gótica tumba y después seguirá recordando "con envidia—aquél rincón oscuro y escondido". Espronceda, en cambio, adopta una actitud más de niño, menos elegante y menos digna. Casi siempre como "buscarruidos" protesta, vocifera, y en algún momento, aunque pasajero e irreflexivo, llega a la desesperación y a la duda. Además se coloca en primera fila, como un verdadero cabecilla, y casi siempre en medio, exhibiéndose. Así lo vemos en el "Himno al Sol" y en muchas de sus composiciones patrióticas. Cuenta en casi todas con un auditorio, con una masa que le escucha y a quien quiere comunicar su sentir, a quien incita o enardece. Otras veces, se suma a la colectividad para gritar en masa, como en el "Canto del cosaco".

Esta postura dominante de gritería y protesta no es, sin embargo, constante. A ella se vio impulsado, en parte, por circunstancias políticas y por influjos y sugerencias literarias. Pero hemos visto cómo en otras ocasiones tiende a una poesía íntima, de gesto más contenido y suave, melancolía. Es la poesía que responde al espíritu de aquel poeta que ansiaba el goce tranquilo de la vida, el reposo y la serenidad. Aquel poeta que, "en soledad profunda", y arrastrado por el torbellino de la vida "buscaba en vano" "la florista umbrosa—o el manantial del agua cristalina—, el bosque umbrío, la apacible fuente". Aquel poeta que visitando en el destierro a su amigo Escosura, y mientras acariciaba la rubia cabellera de la hija del desterrado, le decía nostálgicamente: "A pesar de todo, Patricio mío, eres más feliz de lo que presumes: tienes casa, tienes mujer, tienes hijos; estás en las condiciones de todo el mundo... ¡Y yo!". A este poeta, a este Espronceda escondido, dulce, ingenuo y sencillo, es al que especialmente queremos recordar en esta primavera de 1942.

Emilio OROZCO DIAZ

Piedad para Espronceda

(Viene de la página última)

brío, quejas, empañar, vagarosa, horriso, no, fantasma, hórrido, lívido, luna, llanto, muerte, negro, muerte, mucha muerte...

¡Desesperación española de Espronceda con raíces que le llegan hasta la tragedia del Quijote! Negra noche—romántica—de la derrota de España en el mundo. Sólo de vez en cuando relámpagos afirmativos hacia cielos de esperanza. Si ante Espronceda está la romántica amargura de Cervantes—tras Espronceda está también la aurora nacional—rotura de valores—que iban a significar muchos hombres del 98, iniciadores del Renacimiento actual de España. Y por tanto, de nuestra generación, al fin alegre, afirmadora de fe, de vida, de amor, de acción y de heroísmo.

Por eso—reiterémoslo en última vez—ante Espronceda hay que tener una delicada piedad. Salvando lo que hay de salvable. Y teniendo cuidado de que nadie lo quiera volver a poner como modelo—en su parte maldita y peligrosa—para incitar a nuevas generaciones hacia "otro Romanticismo".

Porque sabemos a mucha gente tenebrosa en plan de sembrar—a tanto la libra—"un nuevo Romanticismo", "un nuevo liberalismo", un nuevo "cáncer" sobre

el robusto cuerpo de esta España recién nacida. Sabemos de gentes con hipócritas acentos cristianos y monárquicos hacer aspavientos a todo lo que no sea "una nueva Edad Media" para España. Otra vez con mahometanos, cruzados, eslavos y normandos. Con Jarifas, piratas, mendigos, reos de muerte y verdugos. Con todo el temario prestado por el angélico Ossian o el Vigrry francés al pobre emigrado en Londres y París don José de Espronceda y Delgado.

Sabemos que existe una venenosa signa extranjera contra nuestras nuevas juventudes queriéndolas hacer "desengañadas", "tristes", "rebeldes", "floronas", "satánicas", "góticas", "tísicas" y "cobardes". Y como sabemos eso—sabemos también que la poesía de Espronceda puede constituir un arma tan temible como una droga. Por eso nos hemos adelantado a precisar lo que hay de Desesperación y lo que hay de Arrepentimiento en este poeta español. Lo que hay en él, de genuino y de descastado. De maldito y de bendito.

En sus Desesperaciones: ¡piedad para Espronceda! En sus Arrepentimientos de amor y dolor por España: un ¡Presente, poeta y camarada!

Ernesto GIMENEZ CABALLERO



REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"

Larra, 8 - Teléfono 32610



EL DUQUE DE RIVAS

PIEDAD PARA ESPRONCEDA

POB
Jimenez Caballero

EN este Aniversario funeral sobre Espronceda (1842-1942) no os pedimos — amigos — piedad para su memoria altísima de poeta español. Sino piedad: en memoria por sus sufrimientos de español "romántico": de español que hubo de vivir el Romanticismo, y, por tanto, padecer—y encarnar en Poesía—la Desesperación y Arrepentimiento de España.

No es un azar que nuestro pueblo atribuya a Espronceda—como el mejor de sus poemas—ese de "La Desesperación y el Arrepentimiento". Poema que jamás escribió, pero cuyo título debería ser el que simbolizase toda su obra poética. Porque si el Romanticismo significó algo para España—oh, españoles que me escuchéis!—fué eso: Desesperación y Arrepentimiento.

Para España: Romanticismo y Suicidio, todo uno. Para España: Romanticismo y Agonía, ¿qué más da?

El Romanticismo fué y será siempre para España la peor maldición sobre su Destino.

Ser poeta romántico en nuestra Patria es ser algo como poeta maldito: un descastado. Un extranjero. Un mediocritero: un colonizado.

Espronceda hubiese sido todo eso si su genio españolísimo no le hubiera llevado a la consecuencia trágica de todo eso: a la Desesperación.

Comprendemos que a los treinta y cuatro años se muriera de pronto sin voz en la garganta. Ahogado de sollozos. Estrangulado por su propia poesía. Dejando en el aire un grito que sería aún recogido por los últimos románticos (¡ojalá los últimos!), entre ellos Unamuno, que todavía exclamó:

Dejar un grito, nada más que un grito
aquel del corazón cuando le queme...

Pero el Romanticismo no comenzó con Espronceda en España. ¡Mienten las historias literarias! El mal era más viejo.

El Romanticismo en España comenzó desde que los gritos poéticos de victoria y triunfo empezaron a convertirse en gritos desesperados, en gritos de locura y de sarcasmo. Al ver que se iba al Diabolo todo el Mundo español.

Creer que "El Diablo Mundo" de Espronceda, escrito por 1840, fué el primer poema romántico de España, significa no saber lo que ya representó el Quijote en pleno siglo XVII.

El antecedente del "Diablo Mundo" no fué el "Fausto" de Goethe, como dicen por ahí, sino el Quijote de Cervantes. Cervantes, tras la Derrota de la Invencible en aguas inglesas (1588) vió que el "Mundo" del Heroísmo caballeresco e imperial de España se iba al "Diablo". Y su Quijote no fué sino el inmenso sollozo burlón, enloquecido y, a lo último, arrepentido, del pobre Alonso Quijano. Fué ya el Quijote la primera Desesperación y Arrepentimiento de España. Así: "El Diablo Mundo" esproncediano. En vez de un Doctor Fausto vendido al Diablo por un poco de Poder, de Saber y de Amor—¡eterna angustia fáustica!—Espronceda hizo un héroe, Adán, tan ibérico como el Quijote, para burlarse de la mística ariana. Adán el esproncediano parodió al héroe ariano Fausto: como Don Quijote parodió al ariano héroe Amadís. Don Quijote, en vez de enamorarse de la pura Oriana se enamoró de una Maritornes. Adán en vez de encontrar una rubia Margarita topó con la Salada, una morena, gachona, tabernaria y prostituta. Por lo que Adán como Don Quijote, desesperado y desnudo, pegó unas zapatetas por el aire, haciendo reír a todos. Don Quijote, antes de morir se arrepintió. Adán se arrepintió ante el cadáver de una pobre ranera que velaba una vieja.

Tampoco es verdad que "El Estudiante de Salamanca" de Espronceda tenga mucho que ver con el Childe Harold de Byron ni con la escuela satánica inglesa: la "cokney-school". Su fuente fué nuestro casticismo "Don Juan", el máximo desesperado y arrepentido del genio hispánico.

Por eso Espronceda—a pesar de su romanticismo circunstancial o ambiental—se nos aparece siempre como un "clásico". Porque su fondo sigue siendo español, tradicional, lleno de fe mal disimulada y de arrepentimiento más que de desesperación.

Esa es la piedad que sobre Espronceda tenemos, hoy, el deber de ejercitar: de

llevarlo al más allá. Distinguiendo en él lo falso de lo genuino.

II
Lo falso de lo genuino... En efecto: si nos atuviésemos a las apariencias, al color de época reflejado en su vida y poesía, ¡a Espronceda no habría por dónde cogerle!

A los quince años: masón. (De la logia de "Los Numantinos", contenidas en el sótano de una botica de la calle Hortaleza, con puñal, calaveras y delantales negros.)

A los dieciséis años: vitoreando el cadáver de Riego, aquel masonazo que impidió a las tropas embarcar para defender nuestro honor en América.

A los dieciocho años: en una balandra sarda, embarcado desde Gibraltar hacia Lisboa y Londres. Para ayudar, con sublime inconsciencia de romántico español, a que la rubia Albión "liberara" las tierras europeas del Absolutismo. Es decir: a que se hiciera un espléndido Imperio a costa del viejo y traicionado Imperio español.

Espronceda vió que su ídolo Byron había ido a morir en Missolongi por la li-

cios en el siglo XIX para la Europa "moderna" menos para España!

Porque ya es la hora de que un español se atreva a decirlo—¡españoles!—: el Romanticismo en Europa no fué más que la revancha de todos contra el Imperio hispánico—de raíces romanas y austríacas—. El Imperio español fué la única víctima seria del Romanticismo europeo. (La unificación continental y mundial casi lograda por España, sólo pudo ser destruida excitando, desde la periferia, a la rebelión y disolución de sus provincias, reinos y naciones.) El Romanticismo hizo la Unidad de Alemania y de Italia. Pero la nuestra se resquebrajó. El Romanticismo consolidó a Rusia frente a la tradicional Turquía, a la que despedazó en "Balcanes". (Hungría, Grecia, Servia, Rumania, Bulgaria, pueblos románticos, desgajados del orbe turco o austríaco.)

Pero el gran negocio romántico estaba reservado para Inglaterra y para los Estados Unidos. ¡Libertad! ¡Libertad!

Yo comprendo que si Espronceda en vez de nacer en Almedrales hubiese nacido junto al Támesis, cantase la Libertad del mundo. Porque nacer en unas

Oriente, cuando el Oriente fué la ruina de España. Nos trajo la fascinación por la Edad Media y de los Cruzados, cuando aquella Edad sólo fué favorable a toda suerte de separatismos feudales. Nos trajo la moral del adulterio y del abandono de los hijos. El entusiasmo por las Constituciones de papel...

Yo comprendo que si Espronceda hubiese nacido en el Támesis cantase toda esa Libertad del mundo... no inglés. Pero había nacido en Extremadura, en tierra firme y continental de conquistadores católicos. En una tierra cuya existencia, como la de Roma y Germania sólo depende de la Unificación del orbe: ¡España!

Por eso la Poesía de Espronceda hubiese sido una Traición de no ser lo que fué: una Desesperación. Quiso oír sus penas de español en el alcohol romántico. De ahí su íntimo y constante Arrepentimiento. De ahí: que la memoria de Espronceda necesite hoy, sobre todo: piedad.

Bajo sus sarcasmos y satanismos a la moda byroniana, hay en la Obra de Espronceda un dolor inmenso de español, que ve a su Patria chorreando sangre y muriéndose más tísica que Teresa Mancha y más consumida que Elvira, la víctima de Montemar.

III

Todo el verdadero Espronceda está en este dolor elegíaco y profundo de España:

¡Cuán solitaria la nación que un día
poblara inmensa gente!
¡La nación cuyo Imperio se extendía
del ocaso al Oriente!
Lágrimas viertes, infeliz, ahora
soberana del mundo...
¿Y nadie de tu faz encantadora
borra el dolor profundo?

(Es Cervantes consolando la faz dolorida de Alonso Quijano.)

¿Qué se hicieron tus muros torreados?
¡oh mi patria querida!

(Es Quevedo pensando en "los muros" de esa misma patria.)

¡Ay, triste España!—dice en su "Pelayo"

(Con voz espaciosa y dolorida de Fray Luis de León.)

¿No ves que todo es humo y polvo y viento?

Loco es tu afán, inútil tu lamento...

(Es escuchar a Rioja, a Cadalso, a Jovellanos y Larra y Costa y la desesperación del 98 en España.)

¡Desesperación española de Espronceda!

Nace ya Espronceda en una huida desesperada de sus padres ante España invadida por Napoleón: nace en pleno 1808, en un refugio de pastores.

El tema de "la invasión", de la "España destruida"; es un complejo, una constante, en el psicoanálisis de su poesía: "El Guadalete", "El dos de mayo", "El cosaco" sobre la Europa "degradada". La obsesión del poeta sobre España es verla invadida de moros, de franceses, de rusos... España sin unidad, sin grandeza, sin libertad... ¿Qué hacer contra esa angustia?

Por un momento—Estudiante de Salamanca—afirma "la Voluntad" (como la afirmaban luego los aurorales hombres del 98: Azorín, Baroja).

Por un momento dice SI—nietzscheanamente—ante la Vida: "He resuelto que SI, yo". Por un momento siente ansia de posesión y de conquista: "Pensé alcanzar con mi mano donde alcanzaba mi vista." Llegando en su decisión donjuanesca y fáustica a "igualarse con Dios".

Por un momento cree en el Amor y rapta a Teresa. Y en el Matrimonio y está a punto de casarse con Bernarda de Bezuete. Y cree en el clasicismo del Tasso, del Ariosto y de Roma.

Pero el gusano—Satan—le roe dentro. Y no tiene fuerzas para sostener esas afirmaciones vitales: no tiene riñones para mantener su fe. Y se derrumba en alcohol, en embriagueces y locuras, en rencores, en "ilusiones ópticas" a lo Schopenhauer, en negaciones, anticlericalismos y lágrimas. ¡Pobre Espronceda! Se considera "viejo a los treinta años, con canas, edad maldita". Su "corazón—a los treinta años—está gastado". "Va indiferente al destino". Con "soledad en el alma". Cantando, solo, a la noche y a los buhos. Y empleando como colores estas palabras: "Marchitas, agonía, son."

(Continúa en la página 15)



bertad de Grecia. Y se puso a hacer versos sobre los patriotas griegos. Sin darse cuenta de que el Romanticismo de Byron por Grecia tuvo, como consecuencia práctica, la consolidación de la Home Fleet en el Mediterráneo. Era cantar la ocupación de Malta y la justificación de Gibraltar. Si Espronceda no hubiese estado borracho de nieblas londinenses habría visto en Byron no un Satán, sino un Nelson poético. Un Lord heroico y aprovechado. Y se hubiese visto a sí mismo como un pobre diablo recogido por lástima en Londres, como un instrumento de angélica propaganda.

Lo mismo le sucedió, cuando borracho de amor adultero por Teresa y de idealismo libertario, se marchó a París para combatir en las barricadas de la Revolución de julio. En nombre de la "libertad" de Francia ayudó a Francia la preparación de su Imperio, del arrebatado de Argelia a la pobre España romántica, liberal y pacifista, pero enzarzada en atroces guerras civiles que valieron a nuestros enemigos para despojarnos de toda América.

...
¡Romanticismo!
¡Libertad! ¡Qué hermosas palabras!
¡Qué bonitos nego-

